

# EL CORREO DE ULTRAMAR

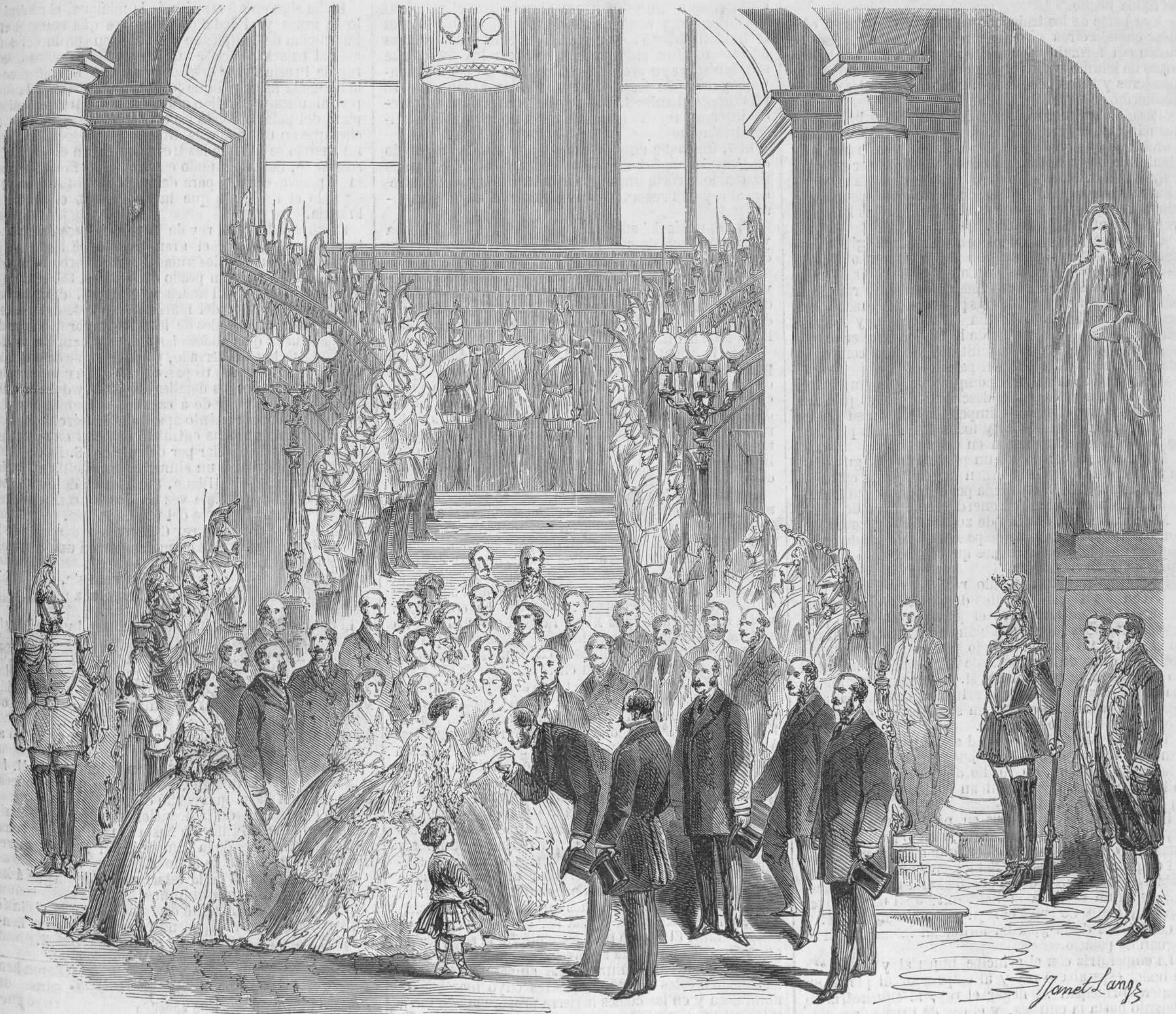
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 20. — N° 459.



S. M. EL REY DE PRUSIA RECIBIDO POR S. M. LA EMPERATRIZ AL PIÉ DE LA ESCALERA PRINCIPAL DEL PALACIO DE COMPIEGNE.

## SUMARIO.

**Visita del rey de Prusia al emperador de los franceses;** grabado. — **El rizo de sus cabellos.** — **Revista de Paris.** — **Salon de recepcion del palacio de Compiègne;** grabado. — **Dormitorio del rey de Prusia en el palacio de Compiègne;** grabado. — **Exposicion industrial del gran ducado de Baden;** grabados. — **El congreso artístico de Amberes.** — **Proceso novela.** — **El emperador y la emperatriz de los franceses en España;** grabado. — **Barco de salvamento insumergible;** grabado. — **Una marca-dura arlesiana;** grabados. — **El verano.** — **Real Academia española.** — **Madama Lemoine-Montigny;** grabado. — **Exposicion de horticultura y de agricultura en Bruselas;** grabado. — **M. Kind;** grabado. — **Celebracion de la fiesta del 15 de agosto en Karikal;** grabado. — **El Noble en la miseria.** — **El musco del Cairo;** grabados.

### Visita de S. M. el rey de Prusia á S. M. el emperador de los franceses.

Preparativos para la recepcion de S. M. el rey de Prusia. — Llegada á Compiègne de SS. MM. II. — Recibimiento del rey por el emperador y la emperatriz. — Los aposentos preparados para S. M. — Comida de familia de treinta cubiertos. — Ralea nocturna en el patio del palacio. — Gran cacería y excursiones á los puntos mas notables del bosque de Compiègne. — Merienda campestre y gran banquete de noventa cubiertos. — Funcion dramática. — Revista de la guarnicion de Compiègne. — Despedida y marcha del rey de Prusia.

El dia 4 de octubre en la noche una viva emocion puso en movimiento á los habitantes de Compiègne, ciudad donde debia tener lugar la entrevista de los soberanos de Prusia y de Francia.

El consejo municipal, convocado el dia anterior para resolver los medios de hacer un recibimiento brillante á S. M. el rey de Prusia, habia concedido un crédito ilimitado á M. Arachequesne, distinguido alcalde de la ciudad. Por consiguiente, en la noche del 3 al 4 principiaron las obras de ornato en todo el tránsito desde la estacion al palacio, y en la tarde del 4 estaban ya muy adelantadas, cuando se dió orden de destruir todo lo que se habia hecho.

Una parte de los trabajadores se ocupaba aun en edificar cuando otros principaban ya á destruir, pero la orden era formal, y fué preciso quitar á toda prisa los arcos de triunfo y los postes destinados á ostentar las banderas y los escudos de armas con las iniciales del rey Guillermo.

Pasado el primer momento de sorpresa, los habitantes principiaron á tranquilizarse, porque no tardó en esparcirse el rumor de que los preparativos de una brillante recepcion habian sido interrumpidos por peticion expresa de S. M. prusiana. Esta es al menos la explicacion que se ha dado y que todo el mundo repetia en la ciudad, despues de haberse temido durante dos horas no ver llegar al rey Guillermo.

El repique general de las campanas de la iglesia imperial de Santiago anunciaron el 5 á las cinco y cinco minutos á los habitantes de Compiègne la llegada del tren que conducia al emperador, á la emperatriz, al príncipe imperial y á todas las personas designadas para acompañar á SS. MM. Es dia de mercado, y ningun campesino ha querido salir de la ciudad sin ver al emperador, de modo que la multitud ha sido considerable desde la estacion hasta el palacio.

Al llegar á la estacion, el emperador y la emperatriz subieron en una carretela descubierta con el príncipe de la Moskowa, el príncipe imperial subió con su aya en otra carretela descubierta, y todas las demás personas de la servidumbre subieron en otros coches.

El cortejo, precedido por un piquete de cien guardias, se puso en marcha en el orden siguiente: la carretela donde iban SS. MM., escoltada por el general de Clerambault, M. de Montaigu, coronel del regimiento de guias, y M. de Laetelle, coronel de zuavos de la guardia imperial; la carretela del príncipe imperial, seguida de un piquete de guias, y los coches que conducian á las personas de la servidumbre.

La familia imperial ha sido recibida en toda la carrera con los repetidos gritos de ¡viva el emperador! ¡viva la emperatriz! ¡viva el príncipe imperial! pero las aclamaciones fueron especialmente mas entusiastas en el momento que el cortejo pasaba por delante del mercado, cerca de la iglesia de Santiago. La multitud no se cansaba de admirar á S. M. la emperatriz y aplaudia al príncipe imperial, que saludaba con gracia, agitando con la mano derecha un sombrero de paja, parecido al de nuestros marinos.

Todas las casas de la ciudad estaban adornadas con banderas tricolores. Sus Majestades entraron en Palacio á las cinco y media, en medio de las aclamaciones de miles de personas que no habian podido encontrar sitio en el tránsito del cortejo.

El 6 de octubre, á las seis en punto de la tarde, el rey de Prusia llegó á Compiègne, siendo recibido en la estacion por S. M. el emperador, quien iba acompañado del duque de Montebello y del general Fleury. Sus Majestades se dirigieron desde la estacion á palacio sin escolta y en un coche á la Daumont: á su paso se oian repetidos gritos de ¡viva el rey! ¡viva el emperador!

Los zuavos de la guardia formaban la carrera en el zaguan de palacio.

La emperatriz con el príncipe imperial y las damas de honor esperaba al rey y al emperador al pié de la escalera principal. Al llegar el rey, la emperatriz se adelantó hasta la entrada, y el rey de Prusia, agraciado á tan galante recibimiento, se inclinó dos veces para besar la mano á la emperatriz que tenia en la suya, y

le ofreció despues el brazo para subir con ella al primer piso. El emperador ofreció el suyo á la princesa de Esling.

Despues de detenerse algunos minutos en el gran salon llamado Salon de familia, donde los jarrones de porcelana de Sevres estaban cargados de plantas exóticas olorosas, el emperador acompañó al rey de Prusia hasta los aposentos que se le habian preparado, y que en algunos dias han sido trasformados en una maravilla de riqueza y buen gusto.

Estos aposentos son los del ala derecha del palacio y están al mismo nivel que el gran terrado de los naranjos — esos magníficos naranjos reputados por los mas hermosos de Europa, que se han dejado este año al descubierto mucho mas tiempo de lo acostumbrado, en obsequio del huésped ilustre que ha recibido el emperador. Todo el mueblaje es del estilo Luis XVI.

El dormitorio del rey está tapizado de seda blanca recamada. La cama, cuya cabecera está arrimada á la pared, llega hasta el centro de la sala, y el dosel que la cubre esta pendiente del techo. Los sillones y las sillas están forrados de seda azul.

El rey de Prusia nació el 22 de marzo de 1797, y por consiguiente cuenta sesenta y cuatro años y seis meses; tiene el cabello cano lo mismo que las patillas y los bigotes, y esto es lo único que revela su edad. Su arrogante figura y su tez sonrosada anuncian una constitucion robusta.

Sus Majestades se sentaron á la mesa á las siete y media. Era una comida de familia, tan solo de treinta cubiertos, y únicamente los tres ministros presentes en Compiègne ocupaban asiento con los oficiales de servicio del emperador y la emperatriz.

Los monteros de Compiègne, á las órdenes del baron Lambert, salieron durante el dia á la caza del ciervo, y acosaron una pieza cerca de Pierrefonds. A las ocho de la noche hubo ralea con antorchas en el patio de palacio.

Los balcones de la sala de armas se abrieron entonces, y el rey Guillermo apareció dando el brazo á la emperatriz, colocándose el emperador á su derecha. Sesenta criados con gran librea alumbraban el patio con sus antorchas y contenian á la multitud, para la cual se habian abierto las puertas. Tres bandas de trompas de caza tocaban alternando, tres veces los perros que soltaron sobre su presa fueron rechazados por los monteros y llenaban el aire con sus ladridos. Finalmente, se les entregó el animal, y el rey de Prusia, á quien pareció interesar mucho aquella escena, no se retiró del balcon hasta que desaparecieron todos los perros.

El 7, único dia entero que el rey de Prusia ha pasado en Compiègne, fué el dia mas ocupado que hace tiempo ha tenido la corte imperial, pues en él se quisieron ofrecer al rey de Prusia todas las distracciones y fiestas posibles.

La fisonomia del emperador se mostraba mas risueña y animada que de costumbre, y la del rey de Prusia expresaba la satisfaccion mas completa.

El huésped ilustre del emperador admiraba á las nueve de la mañana las magnificencias del parque reservado y las hermosas é inmensas perspectivas que las grandes calles de árboles han formado al través del mas bello bosque del mundo.

Toda la montería imperial, el mariscal Magnan, el príncipe de la Moskowa y el marqués de Toulangeon estaban al lado de SS. MM. La caza con escopeta principió con tanta animacion, que se prolongó hasta las doce y media, matándose setecientos sesenta y dos piezas. En el libro de memorias del emperador habia apuntadas ciento tres y en el del rey de Prusia ciento y una, habiendo llegado el príncipe de Reuss al número de ciento siete.

Era cerca de la una cuando la corte se sentó á la mesa para almorzar, y todo el servicio, que contaba setenta y seis cubiertos, era de gran magnificencia.

A las tres de la tarde salian del parque en direccion al bosque cinco grandes chars-á-bancs, de doce asientos cada uno, y tirados por cuatro caballos de posta. El emperador, la emperatriz y el rey de Prusia ocupaban el mismo banco en el primer carruaje. La emperatriz vestia un traje á lo Luis XV, y llevaba en la cabeza un sombrero achatado, con las alas levantadas por los lados y guarnecido de plumas. La princesa Ana Murat y la princesa de Esling iban en el carruaje de SS. MM.

La corte debia principiar el paseo al bosque, visitando los estanques de San Pedro y la cabaña suiza, que por el emperador era el punto designado para tomar un refresco, pero lo avanzado del dia hizo que se renunciase á este primera excursion, y los carruajes se dirigieron sin detenerse á Pierrefonds, cuyas espléndidas ruinas, restauradas en parte por M. Viollet-Leduc, atraen con razon á todos los artistas de Francia y del extranjero.

En el recinto mismo del castillo y sobre piedras esparcidas delante de la parte restaurada esperaba á los ilustres visitantes una merienda compuesta de fiambres y frutas. El general Fleury, preparando á SS. MM. la sorpresa mas poética que puede idear un artista, habia mandado colocar la música de los guias en los fosos del castillo, y los primeros sonidos que se oyeron parecian los de un arpa cólica respetada por el tiempo en medio de las ruinas. El rey de Prusia manifestó la satisfaccion que le causaba tan grata sorpresa.

La merienda fué animada. La emperatriz es muy aficionada á estas fiestas campestres cuyo marco es la naturaleza y en las cuales la tierra proporciona la mesa y los asientos, y al rey de Prusia le gustó en extremo tanta franqueza. Eran las seis y empezaba á anoecer cuando la corte volvia á Compiègne despues de dar una

vuelta en carruaje por la parte exterior de las ruinas de Pierrefonds.

A las siete un gran banquete de noventa cubiertos reunia en torno de SS. MM. á todos los convidados y á varias personas distinguidas del distrito de Compiègne.

A las nueve el rey de Prusia, dando el brazo á la emperatriz, y el emperador dando el suyo á la princesa Ana Murat, verificaron su entrada en el palco imperial del teatro, que hacia una hora estaba lleno de señoras, oficiales y funcionarios residentes en Compiègne. Este pequeño teatro, construido en un antiguo juego de pelota en 1832, cuando se celebraron las bodas del rey de los belgas, es en la actualidad un gracioso dige con tres filas de palcos, de forma cuadrilonga, cuyos dos extremos ocupan el escenario y el palco imperial. El emperador y el rey de Prusia, ambos de frac negro, se sentaron en el centro; la emperatriz, colocada á la izquierda del rey de Prusia, vestia un traje blanco á la Pompadour con ramos de rosas, y llevaba un magnífico collar de diamantes y una sencilla piocha de pedrería en los cabellos, y la princesa Ana Murat, que estaba sentada á la derecha del emperador, completaba la primera fila del palco imperial.

El emperador ostentaba el gran cordon de la Aguila Negra y el rey de Prusia el de la Legion de Honor.

Detrás de SS. MM. estaban sentados el mariscal Vaillant, el conde Pourtalés, el mariscal duque de Magenta, el mariscal Magnan, el general Fleury, el general Rollin, M. Walewski, M. de Thouvenel, M. de Persigny y el príncipe de Reuss, y las damas de la corte ocupaban los asientos laterales.

En vez del *Duc Job* que se habia anunciado, el emperador dispuso que se ejecutaran dos piezas, y la funcion se componia del *Bougeoir*, preciosa comedia en un acto de M. Clemente Caraguel, y de los *Juegos de amor y de azar*, de Marivaux, que fueron representadas con esa perfeccion cuyo secreto poseen tan solo los artistas del Teatro Francés.

Sus Majestades aplaudieron varias veces. La funcion terminó á las once y media, y la corte volvió á los aposentos de recepcion.

El dia siguiente á las diez de la mañana, el regimiento de guias y el batallon de zuavos que componen la guarnicion de Compiègne se dirigieron con uniforme de gala al palacio. Decíase que la pequeña revista que el rey de Prusia habia deseado pasar debia verificarse en la alameda principal que forma la entrada del bosque, pero algunos pretendian que tendria lugar en la misma plaza del palacio donde las evoluciones serian mas fáciles que en una alameda. Grande fué la sorpresa general cuando se vió que las tropas entraban en el parque reservado, donde no pudo entrar nadie. Era una revista á puerta cerrada para dar al viaje del rey de Prusia todo el incógnito que habia deseado conservar en Francia.

El emperador y el rey de Prusia se paseaban ya en traje de paisano por el gran terrado de los naranjos cuando los zuavos y los guias fueron á formar en batalla á lo largo del gran prado del parque. SS. MM. bajaron acompañadas del mariscal Magnan, del mariscal duque de Magenta, del mariscal Vaillant, del general Fleury y de los oficiales de la servidumbre militar del rey de Prusia, quedándose las damas y demás convidados de la corte en el terrado, para disfrutar del golpe de vista que ofrecian las tropas. El rey de Prusia examinó con atención todos los detalles del arma y del uniforme del soldado de á pié y de á caballo, y manifestó varias veces al emperador cuánto apreciaba al ejército francés.

A las once las tropas entraban otra vez en sus cuarteles, despues de desfilas por delante de SS. MM.

A las once y media un almuerzo de ochenta cubiertos en la gran galería de Diana, tan rica en dorados y ornatos, reunia por última vez á todos los convidados de la corte y la servidumbre del rey de Prusia.

A las doce y cuarto, el rey Guillermo se despedia de la emperatriz, y subia con el emperador en una carretela descubierta para dirigirse al ferro-carril.

El tren imperial de la compañía del Este, que habia ido á recibir al rey á la frontera, esperaba á S. M. Guillermo I para conducirlo hasta Bélgica.

El emperador no se separó de su ilustre huésped hasta el estribo del wagon, y todos los que habian sido admitidos en la estacion para presenciar la despedida de los dos soberanos, oyeron que el rey de Prusia daba las gracias al emperador por la acogida de que habia sido objeto, y que añadia con tono mas íntimo y afectuoso: «Dad de mi parte un beso á vuestro hijo.» Despues estrechó cordialmente la mano al emperador y subió al wagon.

Los oficiales prusianos saludaron entonces á S. M. I., que alargó á cada uno de ellos la mano, y permaneció en la estacion hasta que partió el tren.

Todo el personal de la legacion de Prusia en Paris acompañó al rey Guillermo hasta la frontera, así como los administradores de la compañía del Norte y M. Petiet, ingeniero en jefe de la línea.

El tren real partió de la estacion de Compiègne á las doce y cuarenta y cinco minutos.

El emperador, altamente complacido con la visita de S. M. prusiana, parece ha pensado perpetuar en el lienzo los principales episodios de ella.

X.

### El rizo de sus cabellos.

En una noche apacible  
Con que mayo se engalana,  
Al pié de ojiva ventana,  
Está un amante novel.

En su arrogante apostura,  
En su traje y redescilla,  
No hay duda que es de Sevilla  
El mas gallardo doncel.

Y con andaluz donaire  
Deshaciendo el largo embozo  
Clavó sus ojos el mozo  
Do sus amores están.  
Silenciosa era la noche:  
Y en sentida cantinela,  
Al compás de su vihuela  
Así se expresa el galán:

«Niña de negros cabellos,  
¿Qué hay en ellos  
Que así acrecen mi ilusión?  
¿Porqué con dulces hechizos  
Cautivo está entre tus rizos  
Mi amoroso corazón?»

Abril ostenta primores  
En sus flores,  
Dándonos aromas bellos.  
Mas ese olor no me halaga:  
A mí solo me embriaga,  
El ámbar de tus cabellos.

Cuando en las tardes hermosas,  
Lindas rosas  
Coronan tu blanca sien;  
Yo trocará por ser ellas,  
Las amorosas querellas  
Que me causa tu desden.

Si aura leve se desliza  
Y desriza  
Tus bucles con vago aliento;  
Va entre sus hermosas hebras  
Con las flores que tú enhebras,  
Prendido mi pensamiento.

Y exhalo triste suspiro,  
Cuando admiro  
Que burla el negro cendal  
Rizo que á tu rostro asoma,  
Y á gustar viene el aroma  
De tu boca celestial.

Van mis cántigas y quejas  
A tus rejías,  
Envueltas en los destellos  
De esa luna encantadora,  
Para pedirle, Eleonora,  
Un rizo de tus cabellos.

Sé conmigo generosa,  
Niña hermosa,  
Y calmarás mi dolor.  
Que á la region indiana  
Llevar quiero, hurí cristiana,  
Un recuerdo de tu amor.»

Condolida de sus cuitas  
La hermosísima Eleonora,  
Ya despuntaba la aurora  
Cuando á las rejías salió;  
Y al venturoso mancebo,  
O ya presunto indiano,  
Diz que aquella blanca mano  
Estrecharla concedió.

Así el lance me contaron  
Refiriéndose á una vieja,  
Que oculta tras dura rejía  
Con curiosidad y afañ,  
Escuchó las dulces trovas  
Y las palabras de amores,  
Cuando el día en sus albores  
Allí sorprendió á don Juan.

Lo que yo deciros puedo  
Es, cual testigo presente,  
Que á la mañana siguiente  
A la luz de un nuevo sol,  
Henchida la blanca lona  
Y arbolando mil banderas,  
Dejó tan lindas riberas  
Un bergantín español.

GERALDÓ.

### Revista de Paris.

Hace algún tiempo un ilustre escritor francés, respetable por su elevada inteligencia, por sus hechos públicos y sobre todo por su actual situación, está sirviendo de blanco á los tiros de cierta prensa de Paris, que sin tener en cuenta ningún antecedente, le dirige los ataques mas virulentos. Nuestros lectores habrán comprendido ya que queremos hablar de M. de Lamartine. Sus opiniones políticas, de un liberalismo que no necesita venir á probarse ahora, son el pretexto de que se valen sus enemigos, que se llaman liberales también, para insinuarse en el sagrado dominio de su vida privada, y aumentar los sinsabores de su posición de fortuna que le condena á un trabajo constante á fin de cubrir los compromisos que tiene contraídos con el público. La malevolencia ha llegado hasta el punto de poner en boca de uno de los principales representantes de la prensa de Paris una de las palabras mas crueles que se pueden dirigir á un hombre; se le ha acusado «de vivir demasiado», es decir, se desea poner la mordaza de la muerte al poético pensador que tiene valor para manifestar su parecer con entera independencia. M. de Lamartine, que á la altura en que se halla tiene derecho para oír con desden á sus contradictores, no ha querido esta vez

dejar de protestar contra tan extraña acusación, y lo ha hecho por medio de una carta que ha enviado á todos los periódicos de Paris, y cuyo contenido es el siguiente:

«Señor redactor: Le importa poco al mundo que yo viva ó muera, pero á mis acreedores les importa mucho, y yo no vivo sino por ellos.

» Os suplico pues que advirtais á todo el mundo que estoy bueno, á pesar del señor redactor en jefe de *la Presse*, quien me dice que he vivido demasiado. Soy de su parecer, pero no está aquí la cuestión; esas son cosas que uno se suele decir á sí mismo, pero que los «corazones bien nacidos», como dice Voltaire, evitan decir á la cara por urbanidad, en una democracia por poco «pueril y honrada» que sea.

» Hé ahí porqué protesto yo y protestaré, aun despues de muerto, contra mi muerte; la vida es un deber de honor para mí, es una decision firme. He comenzado y continúo, para otros no para mí, una grande operacion muy cara, muy larga y muy penosa, á fin de salir honrosamente de esta amable vida; es la edicion de mis *Obras completas* en 40 tomos, publicados por suscripcion. El buen éxito de esta empresa es la salvacion y el pan de aquellos que no podrian tener bastante con mis bienes. Las personas inclinadas á suscribirse fiadas en mi longevidad, se dirán, al leer que he inspirado inquietud á mis amigos: «No nos suscribamos, no sigamos los impulsos del corazón, el autor no tendrá tiempo de concluir su obra, pues dicen que se muere; ¿para qué suscribirse en favor de un muerto ó de un moribundo?»

» Ya veis que mi cabal salud es una prenda; guardádmela. » Pues bien, hasta esas personas se engañan; vivo ó muerto, serian servidas fielmente, ni siquiera echarian de ver mi desaparicion del mundo; los cuarenta tomos están terminados, excepto cuatro de mis memorias políticas, y en el caso en que viniera yo á fallecer á puerta cerrada, sin ruido, antes de haber dado la última mano á mi último pliego, mis herederos tienen materia para reemplazar estos cuatro volúmenes por los nueve que componen mis *Entretiens littéraires*, hechos ya, impresos, y libres de todo compromiso.

» Concededme pues, señor redactor, «el certificado de vida perpétua» que os pido, para neutralizar de este modo el mal involuntario que mi supuesta enfermedad habria podido causar á mi empresa. Condenado á morir muy pronto por *la Presse*, y condenado á vivir largo tiempo por mis acreedores, no sé verdaderamente qué hacer para complacer á unos y á otros. Hacedme el favor de sacarme de este apuro proclamando altamente que no estoy ni bueno ni malo, y que no se ocupen de mi persona. Me veo obligado á tener buena salud por la naturaleza y por mis acreedores, y aprovecho esta ocasion que se me presenta, etc. — LAMARTINE.

Tal es el texto de esta carta, y por nuestra parte nos apresuramos á darla publicidad, deseando bien sinceramente á su ilustre autor que le sea en efecto un «certificado de vida perpétua.»

Con el título de *Historia de una comedia*, un periódico de teatros cuenta un lance singular, y que á pesar de su apariencia inverosímil, es de todo punto auténtico.

Dos autores dramáticos poco conocidos aun se habian puesto de acuerdo con un cómico para escribirle un papel de galán joven en una pieza que él se encargaria de hacer representar.

No tardó quince dias en estar hecho el trabajo, y una vez concluido, los autores se dirigieron á casa del actor rebotando de gozo.

— Está hecha la comedia, le dijeron.

— ¡Cómo! ¿tan pronto? Me alegro mucho. Cabalmente esta noche no tengo nada que hacer y vamos á leerla.

Un instante despues los tres amigos se hallaban al rededor de una mesa, y uno de los autores comenzaba á leer el manuscrito.

Terminada la lectura, el cómico, que habia guardado el más profundo silencio, exclamó mirando á los pobres autores:

— Pero ¿dónde está la comedia? Todo eso es muy bonito, mas no veo en ello ni la sombra de una intriga.

Los autores se miraron confusos y sin saber qué responder.

— Señores, dijo el cómico con el tono magistral que caracteriza á la gente de su especie, han compuesto Vds. una cosa lindísima para leerla en casa al lado de la chimenea; á mí me han dado Vds. una media hora deliciosa, pero seriamente, no han podido Vds. figurarse que eso sirva para la escena.

Fácil es imaginarse la figura que harian los infortunados colaboradores al salir del comité de lectura.

— Mira, decía el lector á su compañero, nuestro amigo tiene razón, somos un par de tontos y la comedia que hemos escrito no sirve mas que para esto.

Y hablando así, arrojó el manuscrito que tenia en la mano al cesto de un traperero que se hallaba á poca distancia de ellos.

— ¿Qué haces? exclamó su colaborador.

— Doy á nuestra obra el pago que la daría la posteridad, contestó el joven riendo.

Y siguieron andando sin decir palabra. La noche estaba sombría, y los dos amigos caminaban al acaso.

— Pero ¿quién nos asegura que el fallo del cómico es justo? preguntó uno de los jóvenes: además ¿no tiene apelacion? ¿no podemos consultar otro juez?

— ¡Qué cosas tienes! repuso el amigo; ¿consultar otro juez? Ya no hay tiempo.

— ¿Y porqué?

— Porque nuestro manuscrito se halla en el cesto del filósofo nocturno.

— Sí, pero te has quedado con una copia.

— No por cierto.

— ¡Cómo! ¿De veras no tienes borrador?

— De veras.

— Pues buena la has hecho; no hay que darle vueltas: tenemos que buscar nuestro manuscrito.

— Pasaremos la noche en las calles de Paris.

— No le hace, la pasaremos.

— En marcha, pues.

Y comenzó la expedicion en busca de la comedia.

Cuantas veces un farolillo vacilante indicaba la presencia de un traperero, los dos autores dramáticos en ciernes corrian á reconocerle. Por fin, al cabo de tres horas de investigaciones acabaron por descubrir cerca del Mercado en un cesto que estaba á la puerta de una taberna la perdida alhaja sepultada en un monton de trapos y de papeles sucios.

Ya le han visto, ya van á apoderarse de él, cuando acude el dueño del cesto y se empeña una disputa.

El traperero sostiene que todo lo que se encuentra allí es suyo, pero gracias á un arreglo amistoso, los dos amigos recobran su obra mediante medio franco.

La humillacion era grande, pero no es todo aun; en el momento de entregar el manuscrito, el traperero deseoso sin duda de prolongar el suplicio de los dos compradores, exige que le cuenten, á guisa de propina, cómo ha venido á parar á su cesto aquel cuaderno de papel.

Los dos amigos, tomando á broma la cosa, satisfacen su deseo.

— ¡Ah! yo conozo al actor de que hablan Vds., exclamó el traperero; le he visto trabajar á menudo y me gusta... ¡Qué bien representa! Es lástima que le falte fuego para ciertos papeles... yo soy aficionado al teatro y entiendo.

A estas palabras los dos amigos se miraron; una idea acababa de atravesar su mente.

Algunos minutos despues se veia en la acera de la calle un grupo singular: dos hombres estaban de pié, el uno leyendo y el otro alumbrándole con un farolillo, y arrimado á la pared habia otro hombre cubierto de harapos, que parecia escuchar la lectura con profunda atencion.

Eran las cuatro, y por la segunda vez aquella noche estaba concluida la lectura de la comedia.

El oyente improvisado se acercó á los autores y les dijo:

— Es preciosa esa comedia, y apuesto á que antes de un año será representada. Como que me atrevo á pedir á ustedes desde ahora un buen asiento para la primera noche.

Y el hombre en su entusiasmo, ofreció devolver al punto el medio franco que habia recibido por aquella joya dramática.

La comedia en efecto, está aprobada en uno de los teatros de Paris y la veremos este invierno; entonces podremos decidir si los traperos tienen más inteligencia que los cómicos para conocer el mérito de una comedia inédita.

Mientras salí á luz esta produccion interesante, al menos por su historia, el teatro del Vaudeville nos ha dado en la semana última la primera representacion de una comedia en tres actos anunciada hacia muchos dias y cuidadosamente ensalzada de Antemano. Titúlase esta pieza «el Agregado de embajada» y su autor es M. Meilhac. La empresa fundaba grandes esperanzas en esta obra, donde debia estrenarse una joven actriz, Julieta Beau, tambien muy ponderada antes de aparecer en el escenario: veamos hasta qué punto ha correspondido el éxito á lo que se habia prometido la empresa.

Ante todo cuatro palabras sobre el argumento.

La accion pasa en Paris en casa del baron Scarpa, ministro plenipotenciario de un elector de Birkenfeld, con su tratamiento, su corte, y todo como un soberano.

El baron da una fiesta, y la joya de esta fiesta es una señora llamada Palmer, no menos notable por sus atractivos que por sus millones.

Esta heroína es viuda de un banquero que se casó con ella en una edad muy avanzada, y que la ha dejado en el mundo muy á propósito para que se disputen su mano muchos admiradores de sus talegas.

Parece ser que estas riquezas componen casi el total de los bienes dependientes del electorado de Birkenfeld, y el baron Scarpa abriga las inquietudes mas punzantes recelando que pueden pasar á manos de un marido parisiense.

Entre los agregados de la embajada se cuenta el conde Prax, hombre aficionado á esos goces juveniles que consisten en pasar la vida bebiendo y cantando. Por lo demás, el alegre personaje tiene un corazón noble y desinteresado.

El baron Scarpa llama á su subordinado, le reprende vivamente por su conducta y le dice que mereceria ser destituido, pero que él sin embargo le promete un ascenso con una condicion, y es la de que se encargue de despachar por voluntad ó por fuerza á todos los pretendientes á la mano de la viuda que no pertenezcan al electorado de Birkenfeld.

Naturalmente el conde Prax, despues de vacilar un rato, acepta la proposicion, y en el segundo acto le vemos ya al lado de la hermosa viuda cumpliendo con afan la mision que le estaba encomendada.

El joven diplomático se promete con toda solemnidad que él será parte indiferente en el fondo de la contienda... ¿olvidará ó no su propósito? Todo el interés de la pieza está aquí, y parecemos inútil advertir que el desenlace viene á demostrar que le ha olvidado.

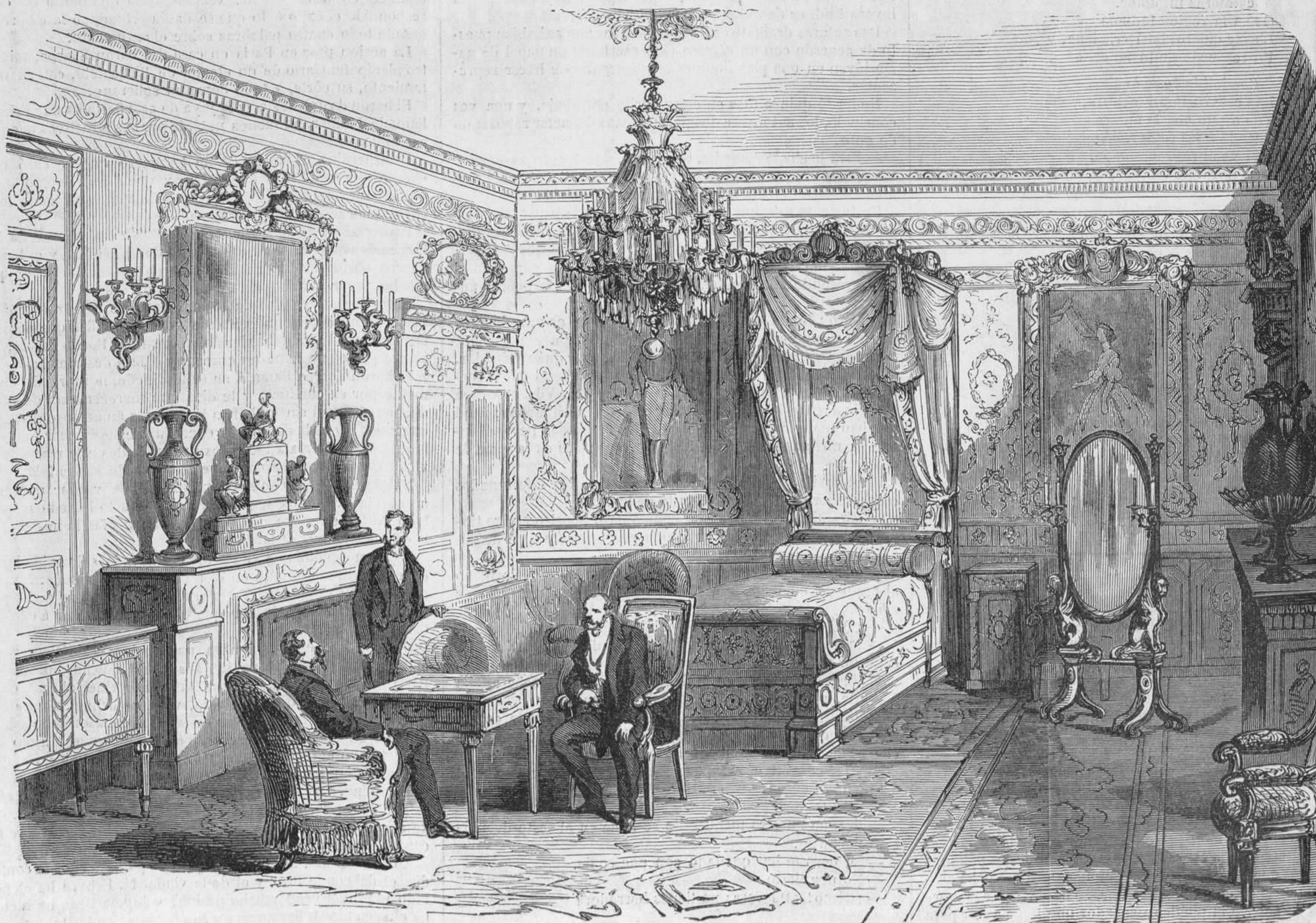
Poca intriga hay aquí para una accion dramática; pero esto del argumento ha venido á ser para muchos autores de Paris como una cuestión secundaria. Lo principal para ellos es la forma, es ese diálogo ligero, vivo, «spirituel», para hablar su lengua, esas agudezas de las conversaciones de salon, esas frivolidades de las personas á la moda, que Alfredo de Musset llevó al teatro con sus inimitables proverbios, y que hoy se extienden á comedias en tres actos. M. Meilhac sigue este camino, y si en unas escenas su ingenio le hace salir con brillo, en otras, y son las mas, decae. El público se cansa de asistir á ese torneo de palabras en el vacío, y nunca se ha cansado tanto como en «el Agregado de embajada.»

A decir verdad, no hay mas que dos papeles en esta comedia, el del conde Prax y el de la viuda. M. Febvre ha ejecutado el primero con mucha pasion, y Julieta Beau ha lucido en el segundo su hermosura y su elegancia en las tablas, mas que los talentos de eminente actriz con que la habian dotado sus generosos admiradores.

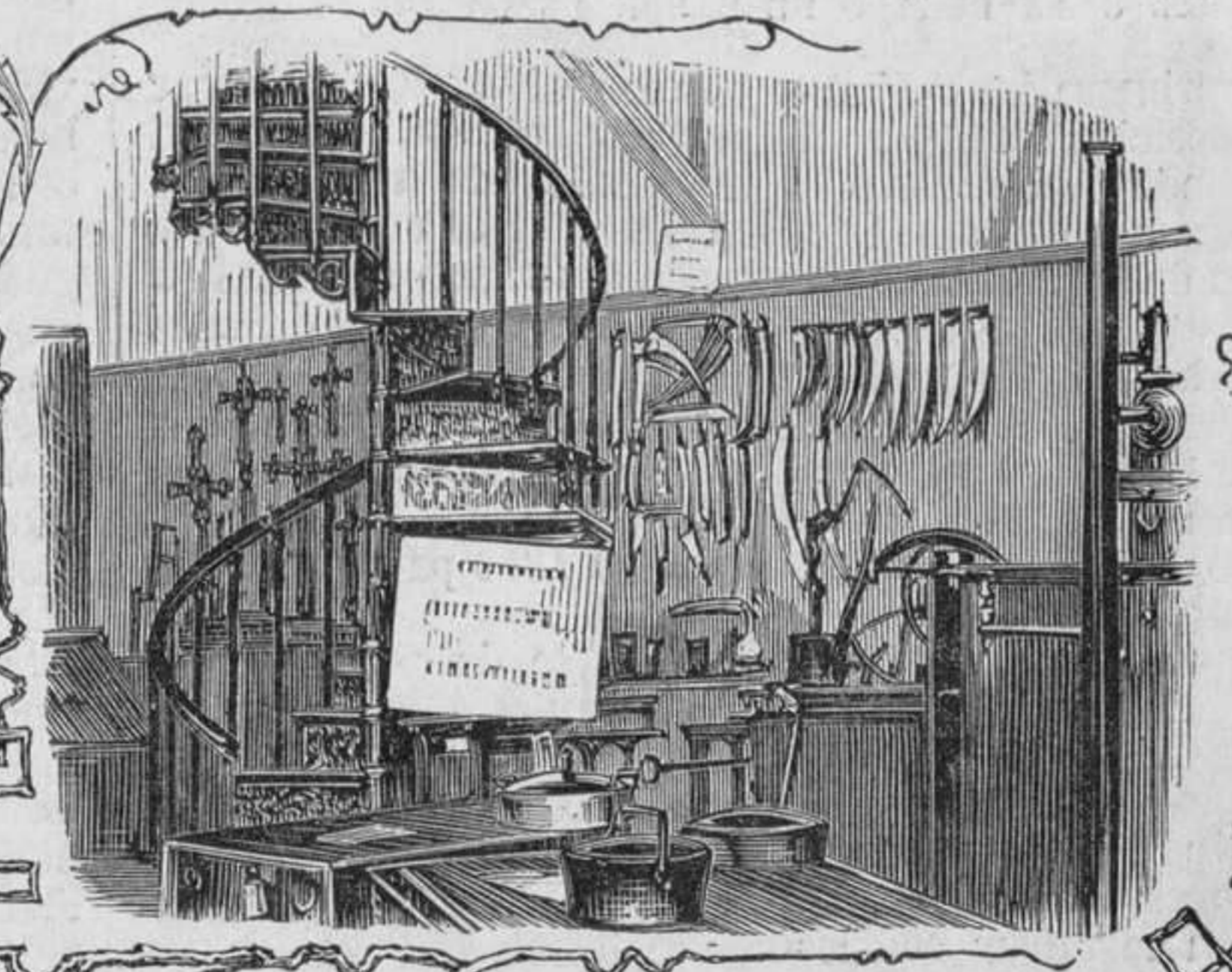
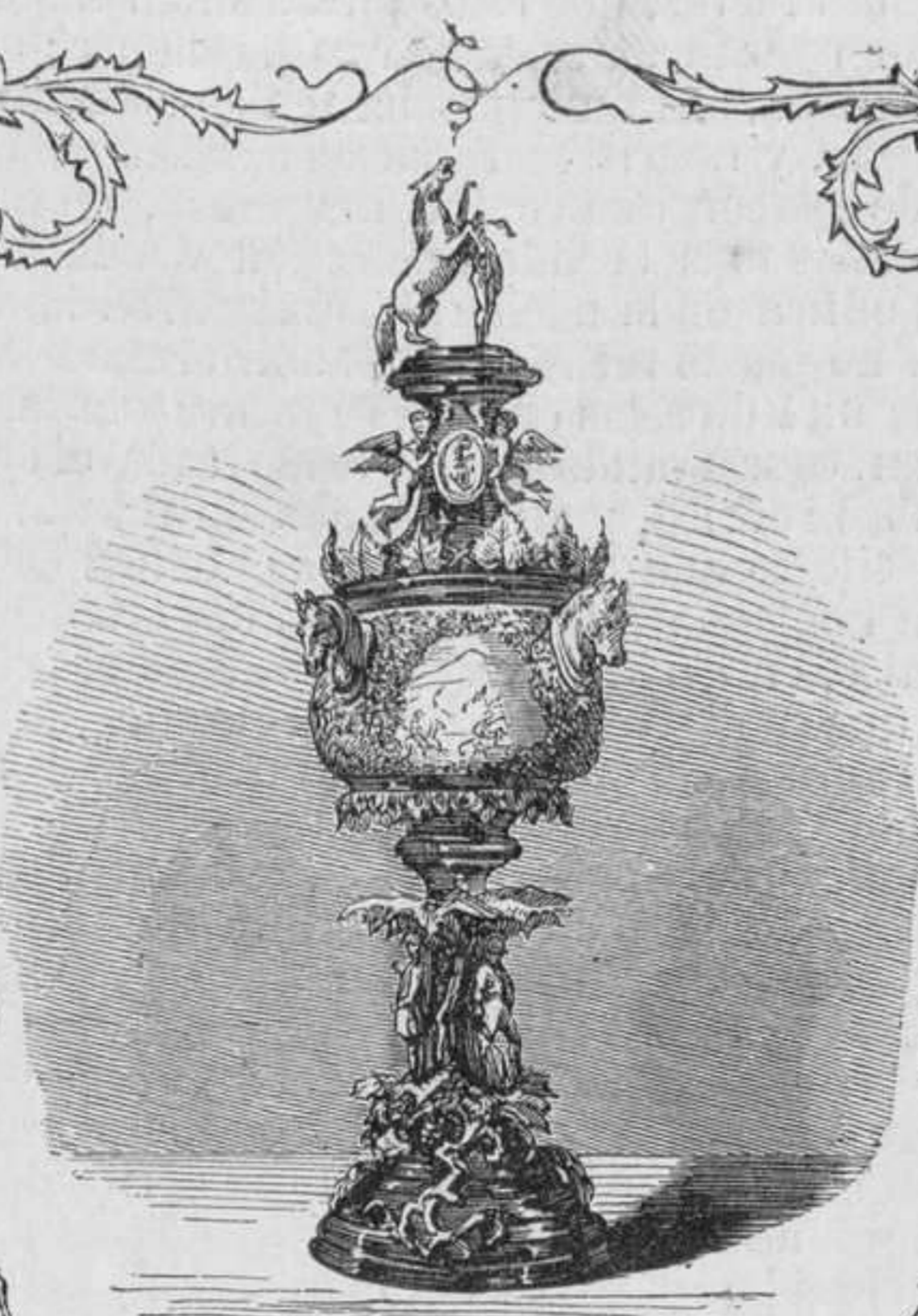
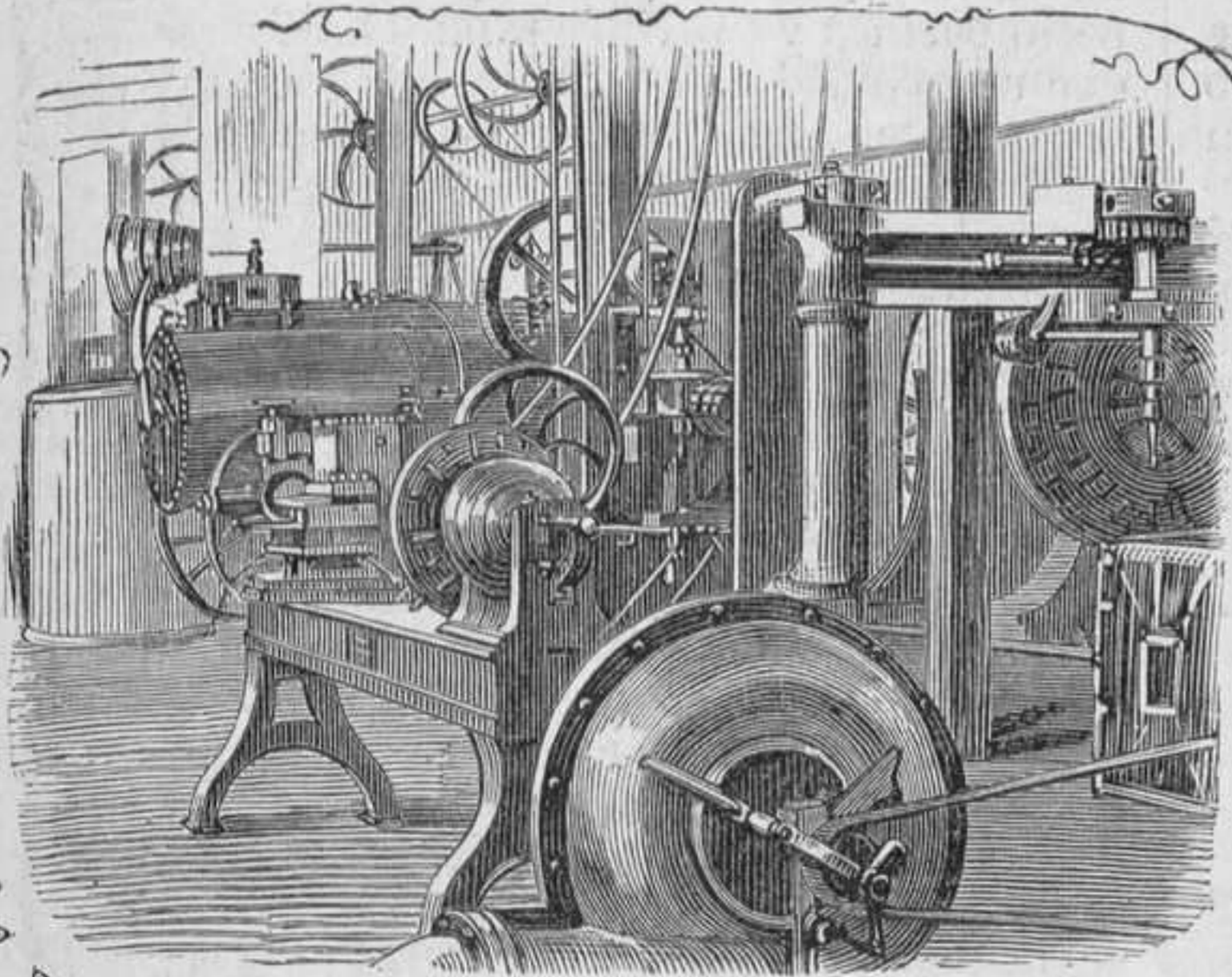
MARIANO URRABIETA.



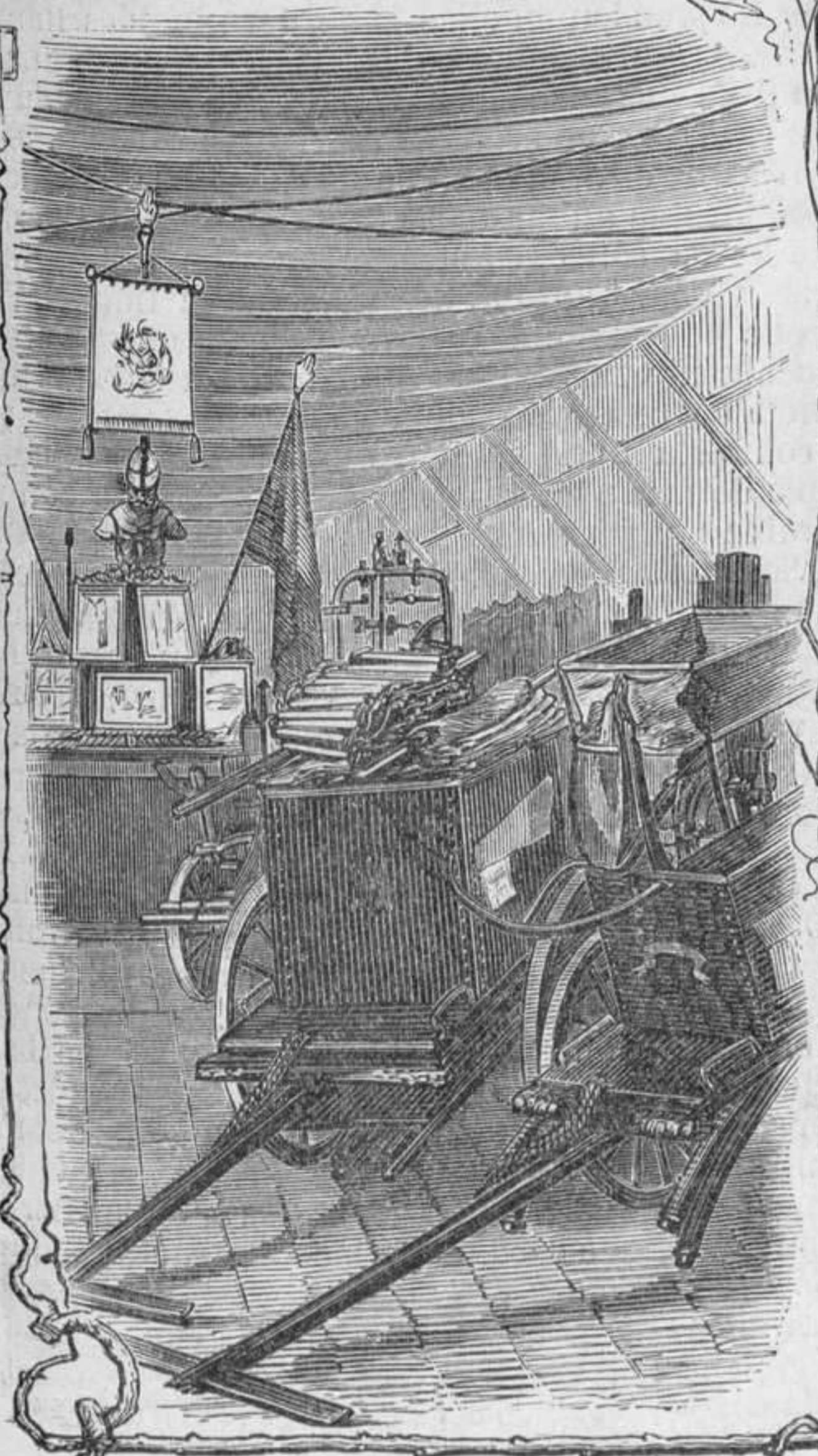
SALON DE RECEPCION DEL PALACIO DE COMPIEGNE DURANTE LA PERMANENCIA DE S. M. EL REY DE PRUSIA.



DORMITORIO DE S. M. EL REY DE PRUSIA EN EL PALACIO DE COMPIEGNE.



CARLSRUHE 1861.



L. LEMAND CARLSRUHE.

J. LEVY STRASBURG.

EXPOSICION INDUSTRIAL DEL GRAN DUCADO DE BADEN EN CARLSRUHE.

## Exposicion industrial

DEL GRAN DUCADO DE BADEN EN CARLSRUHE.

La primera impresion que se experimenta al recorrer la exposicion badense en Carlsruhe, es una admiracion suma por los inmensos recursos industriales de un pais que en su corta extension territorial y con su millon y medio de habitantes ha mostrado al mundo sorprendido 1,200 expositores que han presentado productos de todas las industrias imaginables.

La exposicion de Carlsruhe tiene lugar en las vastas localidades del Jardin de Invierno y en los invernáculos dependientes del palacio que S. A. R. el gran duque Federico de Baden hizo construir en 1836 para recreo de los habitantes de su capital.

Es en efecto un verdadero palacio de cristal donde cada primavera las flores y los naranjos reemplazan las exhibiciones artisticas é industriales.

La sala número 1<sup>o</sup>, que puede considerarse como la principal, contiene esculturas en madera de un trabajo primoroso, armarios, sillones y marcos, espejos que pueden rivalizar con los que se hacen en Paris. Tambien encierra hermosos *orchestrions* ó grandes cajas de música de 15 piés de altura que tocan sinfonías donde no se nota la falta de ningun instrumento; es una maravilla de perfeccion.

En esta sala hay muestras de paños de todas clases, de terciopelos, bordados y ornatos de iglesia. Los tapiceros han puesto compartimientos amueblados, colgados y adornados á su capricho. Salvo la predileccion un poco marcada por los colores claros, se puede decir que los tapiceros de Carlsruhe se distinguen por su buen gusto.

La sala número 2 forma contraste con la anterior. Aquí tenemos los productos de la Selva Negra propiamente dicha. El abeto, la encina, el arce, el álamo, etc., se hallan transformados en objetos de toda clase y para todo uso.

La sierra mecánica ha dado los resultados mas felices. M. Bucherer de Gernabach, ha hecho cosas sorprendentes. El escudo de Baden compuesto de particulas aserradas con máquina es un mosaico tan bello como interesante.

Al lado de los objetos de madera hallamos fuelles de fragua, hermosos productos de alfarería y de cerámica artística, y otros mil objetos cuya enumeracion ocuparia aquí demasiado espacio.

La sala número 3 está consagrada á las máquinas; hay máquinas de vapor, muchas bombas para apagar incendios, obras de fundicion, escaleras, hornos, etc.

La casa Benkiser, tan célebre por los treinta puentes que ha construido en los diferentes rios de Europa (el último ha sido el de Kehl), ha recibido la gran medalla de oro por la soberbia máquina de vapor que se halla expuesta en el fondo de esta sala.

Otra sala ha sido reservada para las obras de platería y relojería.

La platería está representada de un modo extraordinario y brillante por la ciudad de Pforzheim, en donde existen los talleres del famoso cincelador Siebenpfeifer. Los crucifijos de plata, los relicarios y los medallones de este fabricante son preciosas reproducciones del arte gótico y tienen cierta tendencia á fijar el gusto alemán actual.

A la platería suceden los productos químicos, la metalurgia, la papelería, los coches, los vinos, el kirschenwasser de la Selva Negra, y en fin, existe una última galería consagrada á una exposicion de las mas interesantes, la de los dibujos, modelos de arquitectura, objetos de arte, etc., firmados por los alumnos de las sesenta escuelas industriales del ducado de Baden.

Nada efectivamente interesa mas que los esfuerzos de los jóvenes aplicados al trabajo.

Su Majestad la reina de Prusia al visitar la exposicion, se detuvo mas de media hora en esta galería á examinar con detencion los productos de los discípulos de las escuelas industriales badenses.

C. L.

## El congreso artistico de Amberes.

CARTA TERCERA.

Amberes 28 de agosto de 1861.

Señor director del *Correo de Ultramar*.

Muy señor mio y amigo:

En mis anteriores cartas he procurado enterar á usted, lo mas breve y exactamente que me ha sido posible, del objeto y resultados, — hasta ahora meramente teóricos, pero que pronto sin duda llegarán á ser prácticos, — del congreso celebrado en esta ciudad. Hablo del objeto ostensible; y aquí debo añadir que otro, no declarado, se le ha atribuido generalmente, y era el de atraer gran concurso de aficionados para dar salida honrosa á los cuadros, en su mayor parte flamencos, de la exposicion que ha sido y está siendo todavía el mas agradable episodio de estas fiestas artisticas. A este objeto tan manifiesto, se agregaba al parecer otro aun mas importante, y era el de protestar indirectamente contra todo conato de supremacía intelectual por parte de la capital de este pequeño reino, cuyas ciudades todas abrigan la justa pretension de no dejarse absorber por Bruselas, á la manera que Paris tiene absorbidas á todas las ciudades de Francia. Aquí el moderno espíritu de centralizacion excesiva encuentra insuperables

barreras en las tradiciones de libertad local, fundada en antiguos fueros, que estos pueblos han sabido siempre hacer respetar, á costa de rios de sangre: aquí, como en España, el municipio ha tenido siempre mucha vida propia, y no parece dispuesto á sacrificarla al vano honor de poseer una capital magnífica, en que estén concentradas toda la vida intelectual y toda la importancia política de la nacion. Por mi parte, les alabo el gusto, y no puedo menos de aplaudir el noble afán con que cada una de estas ciudades procura sustraerse á la absorcion, conservando y reforzando cada día más su fisonomía histórica, y aumentando, sin reparar en gastos, los títulos que muchas de ellas tienen de por sí á una alta nobleza y á una verdadera importancia. Entre esos títulos, entiendo yo que ocupan aquí el primer lugar los que se derivan de la gloria artística, llevada en este pais al mas alto grado en todos tiempos, de que dan testimonio tantos preciosos monumentos, tantas ricas galerías públicas y particulares y, más que todo, el extraordinario número de artistas eminentes con que se honran desde el siglo XIV hasta hoy las provincias de Flandes, — número verdaderamente asombroso para un pais tan reducido. En él la historia del arte presenta un fenómeno curioso, y es el de lo que aquel puede dar de sí bajo el influjo y patronato casi exclusivos del estado llano. Aquí los gremios, las municipalidades y los traficantes ricos han sido para el arte lo que en otros paises eran los príncipes y las comunidades religiosas. ¿Ha degenerado, ha decaído por eso? Creo que no: lo que ha hecho es transformarse. Sin duda es menos ideal que el arte noble, puesto al servicio inmediato de los príncipes y de la Iglesia, — menos elevado y sobre todo menos exclusivo y monótono; pero en cambio ha ganado en vigor y utilidad práctica lo que perdía en espiritualismo y refinada elegancia. Olvidado de los espacios imaginarios se atiene á la vida real, pero es para representarla admirablemente: — díganlo sus pintores, díganlo todavía más sus edificios cuya notoria utilidad práctica con aplicacion á las necesidades populares (iglesias, casas, etc.), no excluye ninguna de las mas exquisitas dotes de la noble arquitectura, — la armonía, la grandiosidad, la riqueza. El *hôtel de ville* de Lovaina, el de Bruselas, el de Brujas; la *Casa de los barqueros*, de Gante son verdaderas maravillas del arte, que me atrevere á llamar *plebeyo*, al cual pertenece tambien el célebre *Banquete de Munster*, obra capital de Vander-Helts que se conserva en el museo de Amsterdam y que, en mi sentir, llena admirablemente todas las condiciones del verdadero *realismo* en materia de pintura. Lo que la moderna escuela francesa decora con este nombre no es el realismo artístico, sino la vulgaridad grosera.

Tambien estas cuestiones de realismo é idealismo, — de espíritu y materia aplicadas al arte, han sido largamente tratadas en el congreso, segun dejo referido á usted, y resueltas en el sentido que juzgo mas razonable, — esto es, en el del idealismo, — á pesar de la calorosa defensa que de las doctrinas *realistas* ha hecho M. Cabet, grande apóstol de esta escuela. No es por aquí sin embargo por donde ha de dar resultados el congreso: tales discusiones, útiles sin duda por la comunión de ideas que establecen entre los artistas, contribuyen poco á formar el gusto y rara vez se traducen en resultados prácticos. Lo que sin duda quedará de los esfuerzos del congreso es una nocion mas clara y mas generosa que hasta aquí de los verdaderos derechos de propiedad artística: esta propiedad se asegurará cada vez más en la ley hasta llegar algun día á equipararse con la propiedad común, y con esto la humanidad habrá dado un paso más en el camino de la justicia y de la razon, — camino providencial que algunos quisieran recorrer á grandes saltos, pero que solo puede andarse paso á paso, y gracias cuando no hay atascos y es forzoso pararse ó retroceder!

Poco puedo decir á Vd. de la exposicion de pinturas, que aun continúa abierta: por mucho que me extendiese en esta carta, todavía la idea que de ella diese á usted tendria que ser muy incompleta, supuesto que los cuadros expuestos son muchos y muchas tambien y muy variadas las escuelas á que pertenecen. Aquí han venido obras, como artistas, de casi todos los paises de Europa. Limitándome á los pintores de este pais, diré á Vd. únicamente que sostienen con honra el papillon nacional: los señores Lies, Pauwels, Van-Moer, Hamann, Gallait me parecen al nivel de los primeros artistas de Europa. Por mi parte prefiero á todos el primero, sin desconocer que ha entrado en una senda peligrosa para él y mas aun para sus discípulos, de los cuales ha *corrompido* ya algunos, y en especial al francés M. Tissot: hablo de la exagerada imitacion del arte alemán del siglo XV (de los *quincuagentistas*) que en M. Lies va siendo ya lo que llaman los pintores una *manera*, y en sus discípulos una caricatura. La sequedad y dureza de las formas, la falta de perspectiva y de ambiente ó *aire interpuesto*, cuya admirable inteligencia es el gran triunfo de nuestros andaluces y señaladamente del incomparable Velazquez, forman cada vez más el carácter distintivo de las producciones, por otra parte notabilísimas, de M. Lies. Las que acaba de exponer y que representan escenas populares de la triste historia de la Reforma en su pais, pudieran pasar por miniaturas de un manuscrito iluminado del siglo XV, vistas con un antejo de aumento. M. Pauwels me parece que va por mejor camino: su cuadro de los *Proscritos del duque de Alba* es una obra maestra, llena de sentimiento y de verdad. Estos dos pintores, amen de unos cuantos paisistas excelentes (género en que la escuela flamenca ha rayado siempre muy alto) son á mi juicio los que mas se distinguen en esta exposicion.

Terminadas ya las fiestas con que tan cordialmente ha obsequiado á sus huéspedes esta culta ciudad, todo aquí ha vuelto á tomar su fisonomía acostumbrada, su aspecto pacífico y provincial, pues al cabo esta no es mas que una ciudad de provincia, aunque muy rica y muy importante. Oigo tambien decir que es la mas aristocrática del pais, sin que esto obste para que sea igualmente la mas mercantil, y haya acaparado casi todo el tráfico que se hace por el Escalda, reduciendo á la nulidad al vecino y antes rico puerto de Ostende, reducido hoy casi exclusivamente á ser un pueblo de baños. Dejo á un lado sin embargo la importancia de Amberes como plaza de comercio, y ni aun quiero hablar á Vd. de los magníficos *dochs*, literalmente cuajados de mástiles de todas las naciones que forman una espesísima selva; no es ese el punto de vista bajo el cual me he propuesto considerar este pais. Al encarecer á Vd. su importancia, solo atiendo á la que tiene para los aficionados á las artes, como yo, é idolatras además de los recuerdos históricos: aquí se encuentran estos con profusion en cada calle, en cada edificio. Bajo este aspecto, Amberes es todavía mas interesante que Bruselas, por su bellísima catedral donde hay que admirar el famoso *Descendimiento* y las mejores obras de Rubens, por su original caserío de construccion antigua, que aquí llaman española, por su museo, mas rico que el de la capital, por las numerosas galerías particulares que posee y por los mil recuerdos que encierra de tantos ilustres pintores como ha dado al mundo. Aquí nació con Quintín Metsys, en el siglo XV; y aquí llegó á su apogeo en el XVII con Rubens y Vandyck la escuela flamenca: aquí tambien puede decirse que tuvo su cuna la escuela holandesa, de la cual se puede afirmar que no es mas que una hijuela ó ramificación de aquella. Acabo de visitar los museos del Haya y de Amsterdam donde están reunidas las obras maestras de esta escuela (— en el primero la *Leccion de anatomía* de Rembrandt y el famoso novillo de Pablo Potter, — en el segundo la *Ronda nocturna* de Rembrandt, el *Banquete de Munster* ya citado y un Gerardo Bow superior á todo encarecimiento), y me he convencido de la casi identidad de principios que existe entre ambas escuelas. Sucede con esto lo que con las divisiones que establecen los eruditos dentro de la misma escuela flamenca (escuelas de Brujas, de Gante, de Amberes, de Lovaina y no sé cuantas otras más) — divisiones de localidad, mas accidentales que estéticas, y que realmente no tienen ninguna razon de ser: — muchos nombres distintos y una sola escuela verdadera. Ni podia ser de otro modo en un pais de tan reducida extension, en toda la cual presenta la naturaleza, con levisimas diferencias, el mismo aspecto monótono, aunque apacible, sombrío y algo vulgar, en el sentido de que le faltan aquellos accidentes pintorescos que constituyen la poesia natural de otros paises menos bajos.

Aunque tan bajos los que llevan este nombre, á punto de que con frecuencia se encuentra uno en ellos á muchos metros debajo del nivel del mar, no creo que haya otros en Europa ni mejor cultivados, ni mas felices, ni que mas sorpresa y simpatías despierten en todo viajero desapasionado. Verdaderamente éste es un pueblo de castores, como le llama un gran poeta francés (Barthelemy): gran parte de estos ingratos terrenos, cubiertos empero de una espléndida vegetacion, ha sido conquistado palmo á palmo sobre el mar, y el hombre no conserva su dominio sino á favor de una dilatada barrera de diques, no siempre ¡ay! preservativo bastante contra las iras del húmedo elemento; — cada uno de esos diques es un prodigio de inteligencia y de teson. Por muy prevenido que uno venga á estas tierras, siempre le sorprenden en ellas sus interminables llanuras siempre verdes, siempre cubiertas de pingües ganados; la multitud increíble de sus canales; su extremada limpieza; el primoroso aspecto de sus poblaciones y, lo que vale más que esto, la general apariencia de satisfaccion y bienestar que anima todas las fisonomías, en perfecta concordancia con el carácter amable de la naturaleza que las rodea. Tanto la Bélgica como la Holanda, á lo poco que he podido juzgar, me parecen dos paises extremadamente felices: — contentos con su suerte, en posesion de una gran suma de libertad política y de una completa libertad civil, están dando al mundo el ejemplo de una admirable sensatez, premiada con una admirable prosperidad.

El viaje de Amberes á Gante se hace en poco menos de dos horas. Lo primero que fuí á ver en esta ciudad fué las ruinas de la antigua abadía de San Baon, brutalmente demolidas por Carlos V para construir en su solar y con sus materiales, una ciudadela, — ciudadela demolidá á su vez por los Ganteses sublevados y de que solo se conserva ya el nombre de *Castillo de los Españoles*, — sitio ilustrado por el heroísmo de una valerosa dama española, esposa del capitán Mondragon. A juzgar por lo poco que aun se conserva de su primitiva fundacion, la antigua abadía debió ser incomparablemente mas preciosa que la actual catedral, construida por Carlos V en su reemplazo; edificio mas grande que bello, pero que encierra, á mas de algunos buenos cuadros de Crayer, de Otto-Venius, el maestro de Rubens, del mismo Rubens y de Jordaens, una de las mas maravillosas pinturas del mundo: hablo de la *Gloria* de los hermanos Van-Eyck, que decora el altar de la capilla llamada del *Cordero*. Solo por verla debe hacerse el viaje. Otra preciosidad de Gante es la casa llamada de los *barqueros*, en el muelle del rio Lys, á pocos pasos de su confluencia con el Escalda. Pocos modelos he visto mas acabados del estilo plateresco de fines del siglo XVI. Casi á su lado hay otra casa curiosísima por su antigüedad, pues data del siglo XII. Es la única *casa particular* que

conozco de aquella época, virgen de toda restauracion: es fama que esta servia de depósito de trigo y que en ella se guardaba la cuarta parte de todo el que se introducía en la ciudad, como repuesto permanente para los años de hambre.

Mas antiguo es todavía el castillo de los condes de Flandes, construido por Balduino Brazo de Hierro en el siglo IX; pero solo se conservan de él la puerta principal y algunos paredones. Allí nació Carlos V. Para los amigos, como yo, de antigüedades novelescas, otras ruinas hay cerca de aquí, curiosas de visitar, y que por supuesto he visitado, aunque sin encontrar en ellas, cosa muy frecuente en este miserable mundo, mas que una decepcion amarga. — hablo del castillo de Gerardo el Diablo ó el Moro (— ¡qué tal seria aquel antiguo tirano, cuando tal apodo le dieron las gentes! —) convertido hoy en cuartel de bomberos. Por último, diré á Vd. que he visto aquí, en punto á curiosidades, dos de muy distinta índole: — el gran *bequignage*, convento singular ó mas bien mística ciudad de miniatura, enclavada en la otra, poblada por una comunidad de mujeres, cuya fundacion data del siglo VII, — y la llamada *maravilla de Gante*, que por cierto no adivinaria Vd. lo que es, si yo no se lo dijera. Esa maravilla es ni mas ni menos que un cañon monstruoso del siglo XIV, y por consiguiente uno de los primeros productos del arte tormentaria, bien llamada así por los tormentos que ocasiona (¡Dios la confunda!) y que por lo visto nació y se perfeccionó casi á un mismo tiempo. No son tan precoces las artes benéficas. En el lenguaje popular se le llama allí *Dulle Griete*, que en flamenco diz que quiere decir *Margarita la rabiosa*. Esta venerable bombardea descansa sobre su cuna de piedra en un extremo de la gran plaza del *mercado del Viernes*, á orillas de un canal, no lejos del *hotel de ville*, muy hermoso como los de estas antiguas ciudades de Flandes.

Algo mas de una hora dura el viaje de Gante á Brujas, y no tiene perdon de Dios el que encontrándose en la primera de estas ciudades, no da un salto hasta la segunda, aunque no sea mas que para admirar en el hospital de San Juan las deliciosas pinturas de Memeling que se conservan en una de sus salas, limpias de todo ultraje del tiempo ó de los hombres, y cual si acabara de ejecutarlas su inspirado autor. No tengo términos con que expresar á Vd. el mérito (ó mejor diré el encanto que tienen para mí, pues no me creo competente para juzgarlas *ex-cathedra*) de las que representan la vida de Santa Ursula y decoran la urna en que se guardan las reliquias de esta santa mártir y de sus compañeras las vírgenes de Colonia. El *hotel de ville*, la catedral, la capilla de la Sangre, recién restaurada con exquisito gusto y el palacio de Justicia, son las curiosidades que aconsejo á Vd. que visite, si viene por esta tierra. En el último hay que ver una preciosa chimenea colosal, de la época del renacimiento, toda rodeada de soberbias esculturas de madera, que una tradicion poco autorizada (otros dicen completamente desmentida) atribuye á un reo de muerte, llamado Haltsmann, el cual, puesto en capilla, pidió un plazo brevísimo para ejecutarlas y lo consiguió con el maravilloso acierto que todos vemos, ayudado por una hija suya en quien el amor filial improvisó las dotes de un grande artista. En gracia de la perfeccion de la obra, el reo obtuvo su perdon. Admito que esta anécdota sea falsa; pero convenza Vd. conmigo en que, si lo es, pertenece á la numerosa familia de las mentiras que valen mas que muchas verdades.

Ostende, á unos tres cuartos de hora de Brujas, es una de las pocas ciudades de Flandes que nada tiene que ver, fuera de su hermosa playa, frecuentada en esta estacion por la mas elegante sociedad de Londres. Con ser un pueblo tan caro, allí van á *economizar* las familias inglesas, que han convertido aquel hermoso puerto en una especie de colonia de su nacion: — en Ostende se habla tanto inglés como flamenco.

El aspecto general de Holanda es todavía mas interesante y mas diferente de lo que se ve en nuestros países que el de Flandes. La verdura es mas intensa, el pais mas llano, las poblaciones mayores, mas limpias y elegantes, aunque de carácter menos artístico, mucho mas surecadas por canales y puentes. Los inmensos molinos de viento que á cada paso se descubren en la campiña, tamaños como catedrales; el parelismo de los canales, continuado leguas y leguas, por manera que aquí nunca pierde uno de vista el agua; la espesa vegetacion de los *polders*, terrenos de alcazon retenidos por fuertes diques y excelentes para el cultivo; los vistosos trajes de las mujeres del campo con sus casquetes de cobre dorado en la cabeza, sus largas arracadas y sus mil colgajos de metal al pecho y en los hombros, todo aquí sorprende agradablemente la vista. Rotterdam, primera poblacion importante que se encuentra yendo desde Amberes por Moerdyck y Dordrecht, despues de atravesar un laberinto de islas y ramales del Waal y del Mosa, es propiamente la Venecia del Norte. Yo tuve la suerte de llegar en plena *hermess* (la feria). — ¡Qué gentío! ¡qué alegría en aquellas muchedumbres agrupadas al rededor de interminables hileras de tenduchos relucientes como el oro, y de puestos de té, café, buñuelos muy diferentes de los nuestros, y particularmente de enormes frascos de encurtidos, — los *confites* del país! Aquí se toman entre comidas, tan grandes como manzanas, pues se hacen de toda clase de frutas y de verduras, como en España tomamos un merengue ó un caramelo. — Menos que Rotterdam me gustó Amsterdam, aunque ciudad mucho mas grande y rica; pero es la única de Holanda que no me ha parecido limpia, lo cual he oido atribuir á que la habitan muchos judíos. Hay calles en

ella donde el hedor es insoportable, pero todo lo compensan los tesoros de su museo, donde he pasado casi todo mi tiempo. Lo mismo en el Haya, elegantísima capital de este reino, — (corte mas bien, pues la capital de derecho es Amsterdam; —) pero ya aquí conviene robar algunas horas á la contemplacion de los grandes maestros holandeses para visitar el delicioso pueblecito de Scheveningen, á la orilla del mar y á una hora de aquí, yendo á pié, como fui yo, al rayar el dia, por medio de un hermosísimo bosque. A la vuelta visité la *maison du bois*, lindo aunque modesto sitio real, en una de cuyas salas hay que admirar la obra maestra de Jordans, pintura colosal que representa la *Apoteosis* del príncipe Federico Enrique, y en que aquel gran maestro iguala si no supera al mismo Rubens.

No he querido dejar la Holanda sin detenerme en el *ex-lago* de Harlem, hoy convertido en dilatadísima planicie, admirablemente cultivada como todo este país. Otra prueba de la singular aptitud de los holandeses para las grandes obras hidráulicas se encuentra al cruzar el ferro-carril de Amsterdam á Utrecht por los *polders* llamados del *Diemer-Meer*, á diez y seis metros debajo del nivel del mar! — Tambien he visitado á Leyden, la ciudad de los clásicos recuerdos, y que dicen que es la mas antigua de Holanda, patria de Otto Venius, de Gerardo Dow, del delicado Mieris y de los Elzeviro; por último he consagrado dos dias únicamente á evocar en Breda, con patriótico orgullo, los gloriosos recuerdos del marqués de Spínola y del gran Velazquez, immortalizador del sitio de esta plaza en su famoso cuadro de *las Lanzas*, — y á recordár con despecho en Utrecht aquel fatal tratado que sancionó el inicuo despojo de Gibraltar; grande afrenta para nuestros negociadores y desgracia ya harto tiempo prolongada para España.

Lo mismo en Bélgica que en Holanda, no podemos los españoles dar un paso sin tropezar con algun recuerdo de la patria; no hay aquí sitio alguno que no diga alguna heroica accion de nuestros padres: no hay un palmo de esta tierra que no haya sido cien veces regado con sangre española. ¡Qué prodigios de constancia y de valor no han consumado aquí aquellos invencibles tercios de Flandes, mandados por los primeros capitanes del mundo, en los tiempos de Carlos V y de los tres Felipes! Una dolorosa reflexion asalta aquí invenciblemente el ánimo, al trasladarse con la imaginacion á aquel magnífico periodo de nuestra historia. Carlos V y su hijo fueron sin duda dos grandes monarcas: el asentimiento unánime de los siglos proclama su grandeza; y sin embargo véase qué ha quedado en estos países de los dos pensamientos capitales á que consagraron aquí uno y otro con implacable tenacidad sus inmensos recursos. De ninguno de esos pensamientos ha quedado nada; querian perpetuar en ellos la dominacion española, y hoy estos Estados son independientes y libres; — querian mantener en ellos la unidad católica, y hoy es aquí ilimitada la libertad de conciencia. — Todos aquellos horribles estragos causados, todas aquellas proscipciones, todos aquellos rigores del duque de Alba, toda aquella sangre vertida, han sido inútiles... ¡Inútiles? no. Han servido para probar una vez más que los esfuerzos de la tiranía son siempre estériles, y que por una fatalidad de nuestra organizacion, esos esfuerzos son tanto mas tenaces cuanto mas salta á la vista su necesaria esterilidad definitiva. — ¿Hubieran puesto tanto empeño aquellos monarcas en empresas realizables? Es lícito dudarlo.

Y con esto doy punto por ahora á la relacion de mis excursiones por estas tierras, quedando de Vd. afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.

EUGENIO DE OCHOA.

### Proceso novela.

A principios del siglo pasado, en el mes de marzo de 1707, Luis XIV, que se hallaba á la sazón en el colmo de su grandeza y de su poderío, agració con el alto cargo de presidente del Parlamento de París á M. La Faille, uno de los mas eminentes consejeros del parlamento de Tolosa, descendiente de una de las ilustres familias del Languedoc, y hombre tan amable y de ameno trato en sociedad, como magistrado íntegro y sabio en la silla. M. de La Faille era viudo, y si nunca habia querido contraer segundas nupcias, fué con el fin de consagrar todo su amor y todos sus desvelos á su única y querida hija Clemencia, comunmente llamada en Tolosa la *hermosa señorita de La Faille*. Acababa esta de cumplir diez y ocho años cuando su padre, obedeciendo las órdenes del rey, pasó á París á tomar posesion de su empleo de presidente.

Una vez establecidos en la capital, no tardaron el magistrado y su hija en verse solicitados y agasajados en las mas altas sociedades. Entre las personas con quienes pronto entablaron particulares relaciones de amistad, figuraba en primera linea una señora muy rica, oriunda de Tolosa, madama de Garan, viuda de un teniente general de los ejércitos del rey. Su hijo único, Jorge de Garan, capitán del regimiento de la Fere, habia estado de guarnicion en Tolosa, donde habia conocido á M. de La Faille y granjeado su aprecio, no menos que el tierno afecto de su hija Clemencia, de que le hacian dignísimo en verdad sus hidalgos sentimientos, su bizarría y superior capacidad. Jorge, por su parte, tampoco pudo ser insensible á las gracias y dulce candor de la señorita de La Faille; y así fué que renovada su antigua inclinacion con el trato mas íntimo que les permitió tener en París la amistad de familias que de ningun modo podian desaprobár un enlace tan propo-

cionado bajo todos conceptos, no tardaron ambos jóvenes en precipitarse en una violenta pasion.

Las disposiciones de una union que se presentaba bajo tan felices auspicios siguieron de cerca al consentimiento que dió M. de La Faille, á ruegos del joven de Garan y de su madre. Ya estaba señalado el dia de los dichos; ya los dos amantes forjaban en el porvenir aquellos deliciosos proyectos que la fria razon llama castillos en el aire, cuando uno de aquellos sucesos que desbaratan los planes mejor combinados vino de repente á dar por tierra con todas sus risueñas esperanzas de felicidad.

El joven capitán recibió inopinadamente la orden de incorporarse en el término de veinte y cuatro horas con su regimiento, que iba á embarcarse para las Indias en la escuadra al mando del conde de Forbin, escuadra que ya se hallaba reunida y pronta á dar la vela.

Entregado á la mas viva desesperacion, fué Jorge á anunciar esta funesta nueva á Clemencia y á su padre. En el primer momento, no manifestó la enamorada niña su profundo dolor mas que con un tético silencio, pero pronto un mar de lágrimas vino á desmentir aquella afectada resignacion y á revelar las crueles angustias de su alma. El austero magistrado conservaba toda su serenidad, pero la palidez de su rostro acusaba una sincera afliccion.

— Señor presidente, le dijo Jorge, solo un medio me queda de evitar la desgracia que me amenaza, y es presentar hoy mismo mi dimision; pero no me basta el amor de Clemencia, quiero poseer tambien su aprecio, y le perderia para siempre si cometiese una baja...

M. de La Faille apretó silenciosamente la mano al joven capitán en señal de aprobacion.

Jorge apuntó con timidez el proyecto que habia discurrido, que consistia en obtener el consentimiento de M. de La Faille para que se celebrase inmediatamente el casamiento, y llevarse consigo á su esposa; hasta consentia en dejarla al lado de su padre, satisfecho con poseer aquel dulce título de esposo que debia coronar todos sus deseos.

Rebatió este proyecto el rígido presidente con sus habituales armas, la razon y el sentimiento, y se concertó que la boda se celebraria apenas se cumpliesen los dos años que debia durar la ausencia de Jorge.

Cuatro años, dia por dia, despues de la escena que acabamos de referir, Jorge de Garan, cuyo regimiento habia sido destruido en la India, y que herido en una accion y arrastrado de calabozo en calabozo, habia pasado por muerto, llegaba á París y se dirigia en alas de la mas viva impaciencia á casa de su madre, donde estaba preparado un magnífico festin para celebrar el inesperado regreso de aquel hijo querido. Multitud de parientes y amigos íntimos asistian á aquella gran comida: todos, y sobre todo madama de Garan, estaban en el colmo de la alegría; solo Jorge permanecia serio y pensativo, y no respondia á las manifestaciones de júbilo que le prodigaban mas que con ademan taciturno.

— Perdonadme, madre mia, dijo por fin, perdonadme, queridos amigos, si correspondo tan mal á vuestro tierno interés; pero la desgracia me ha hecho supersticioso. Esta mañana al llegar á París, pasando por la iglesia de San German de los Prados, vi los preparativos de un entierro; la fachada estaba cubierta de paños funerales, y dos hileras de pobres con hachas encendidas aguardaban la salida de un ataúd en medio de los cantos fúnebres del clero y del siniestro toque de las campanas... ¿Qué quereis que os diga? ¡Se me imaginó ver en este fatal encuentro un presagio de desventura! Me alejé lo mas aprisa que pude, pero mi corazon estaba horriblemente oprimido. A pesar de todos mis esfuerzos por ahuyentar esta triste ilusion, siempre se me figura ver presentes aquel negro ataúd, aquellos pálidos fulgores de la muerte y aquel lamentable duelo.

— Esa fúnebre ceremonia que os ha causado una impresion tan triste, dijo uno de los convidados, debia ser el entierro de la hermosa madama de Boissieux, esposa del presidente del Tribunal mayor de cuentas, que murió casi de repente.

— ¡La hermosa madama de Boissieux! interrumpió Jorge; ¿tan hermosa era que así la llamaban?

— La hermosa presidenta la llamaban en París, añadió otro convidado, como la llamaban en Tolosa la hermosa señorita de La Faille.

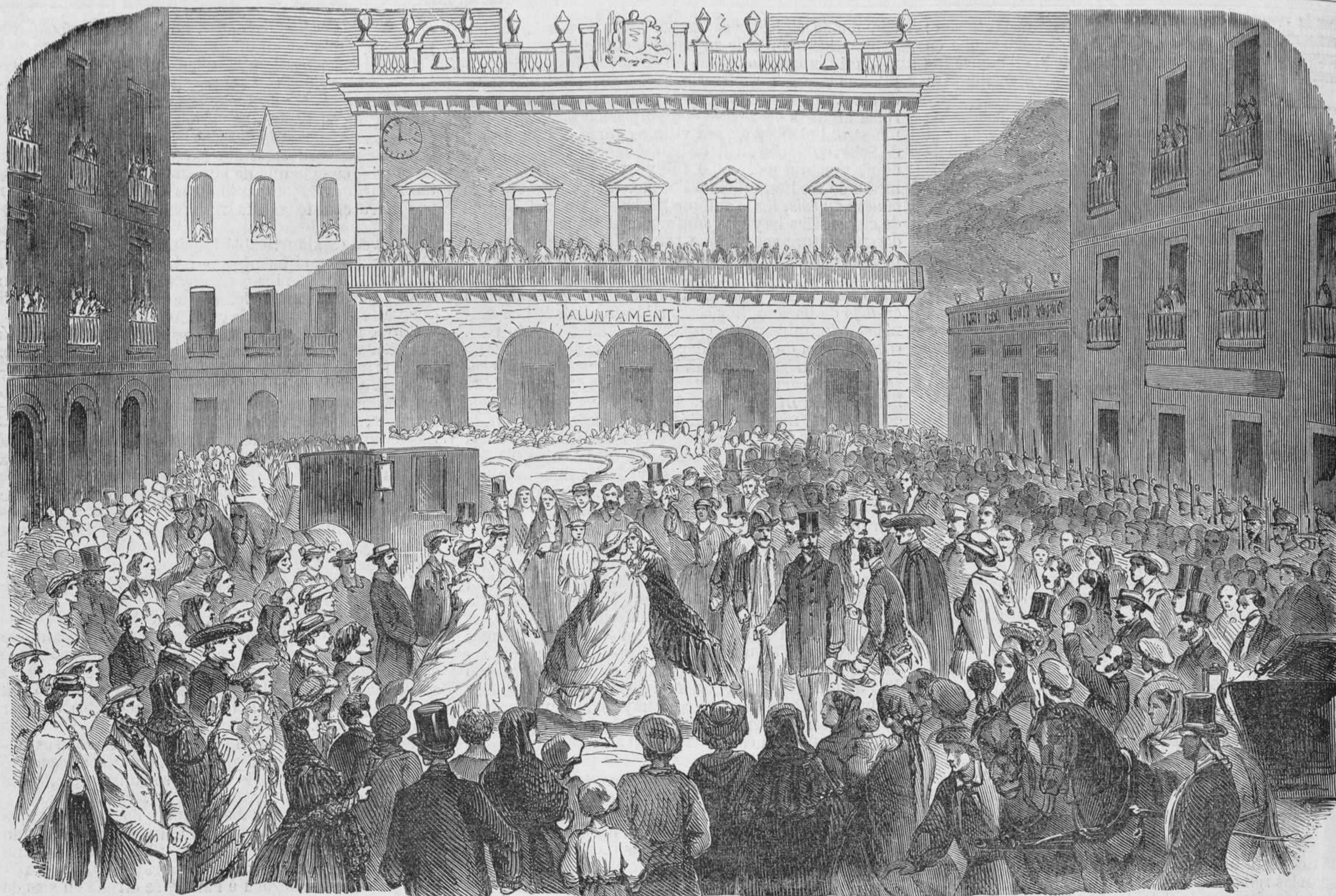
— ¡Cielos! exclamó Jorge á punto de desfallecer. ¿Ha muerto?... ¡madama de Boissieux! ¡Clemencia! No, no puede ser.

— Hijo mio, dijo madama de Garan desfavorida en vista de la mortal palidez de Jorge; pues que la suerte ha querido que seas hoy espectador de las exequias de madama de Boissieux, inútil seria prolongar por mas tiempo tus esperanzas. Sí, Jorge, la presidenta de Boissieux era la señorita de La Faille... Se casó, porque la fama de tu muerte se acreditó á tal punto que yo misma te he llorado y vestido luto por tí. Casándose con M. de Boissieux, digno por todos conceptos del amor de una mujer virtuosa, no hizo mas que obedecer las órdenes de su padre.

Jorge escuchó á su madre con una agitacion imposible de expresar; no respondió palabra, pero las lágrimas que caian silenciosamente por sus megillas bañaron la cruz de San Luis que brillaba sobre su pecho, honrosa recompensa de su intrepidez, que el rey le habia hecho dar inmediatamente despues de su llegada á Francia.

Retiráronse todos los convidados, y Jorge quedó solo con su madre, que de nuevo procuró, aunque en vano, consolar su honda amargura.

(Se concluirá.)



SS. MM. EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES DESPIDIÉNDOSE DE LA CONDESA DE MONTIJO EN IRUN (España).

### SS. MM. el emperador y la emperatriz de los franceses en España.

El domingo 29 de setiembre el pueblecillo de Irun en España recibió una visita augusta que no esperaba nadie. SS. MM. II., acompañando á la condesa de Montijo con quien acababan de pasar una corta temporada en Biarritz, penetraron en el territorio español y se detuvieron en Irun para despedirse de la señora madre de la emperatriz Eugenia.

Sus Majestades fueron recibidas por el vice-cónsul de Francia, al cual se había unido el alcalde de Irun y el rector. La guarnición, compuesta de cazadores de Talavera, acudió á tomar las armas y fué revistada por el emperador en la plaza del Ayuntamiento.

Sus Majestades fueron despues á visitar la iglesia, acompañádoles en su visita la música urbana y una compacta muchedumbre. A su salida la emperatriz re-

cibió con su afabilidad acostumbrada un magnífico ramillete que le ofrecieron los habitantes. H. F.

### Barco de salvamento insumergible

DE M. MOUE.

Hace muchos dias se ve en Paris una curiosa muchedumbre que se apiña en el puente Real y en los muelles contiguos para presenciar los experimentos del barco de salvamento insumergible inventado por M. Moue, los cuales consisten en hacer zozobrar la barca con la tripulacion que contiene. Estas experiencias tienen por objeto demostrar que construido el barco en virtud de la idea nueva de un flotador no simétrico, no se queda con la quilla en el aire cuando ha zozobrado, y se vuelve por sí mismo gracias á sus formas de flotacion, vaciando instantáneamente el agua que ha cogido.

Las experiencias que se han repetido muchas veces han probado que el inventor hablaba con fundamento en su programa, pues este se ha realizado en todas sus partes.

Hemos visto el barco de M. Moue en el que habia una tripulacion de ocho hombres sólidamente atados, inclinarse por medio de un cable tendido sobre el lado izquierdo, hundirse en el agua, mostrar su quilla y aparecer en seguida con sus hombres, despues de haber dado una vuelta completa en torno de su eje.

No podemos indicar aquí los detalles de construccion de este barco, porque ellos constituyen el secreto del inventor; pero á la simple vista se conoce que la invencion está llamada á hacer grandes servicios en los naufragios. Con el barco de M. Moue se han hecho ya en el Havre experiencias decisivas que han satisfecho á los hombres mas competentes. Estas últimas pruebas serán concluyentes, y es indudable que no tardará M. Moue en reci-



EXPERIENCIAS HECHAS EN PARIS CON EL BARCO INSUMERGIBLE DE M. MOUE.



bir la recompensa de sus esfuerzos con la adopción general de su barco insubmersible. P. P.

**Una marcadura**  
ARLESIANA

EN CAMARGUE (Francia.)

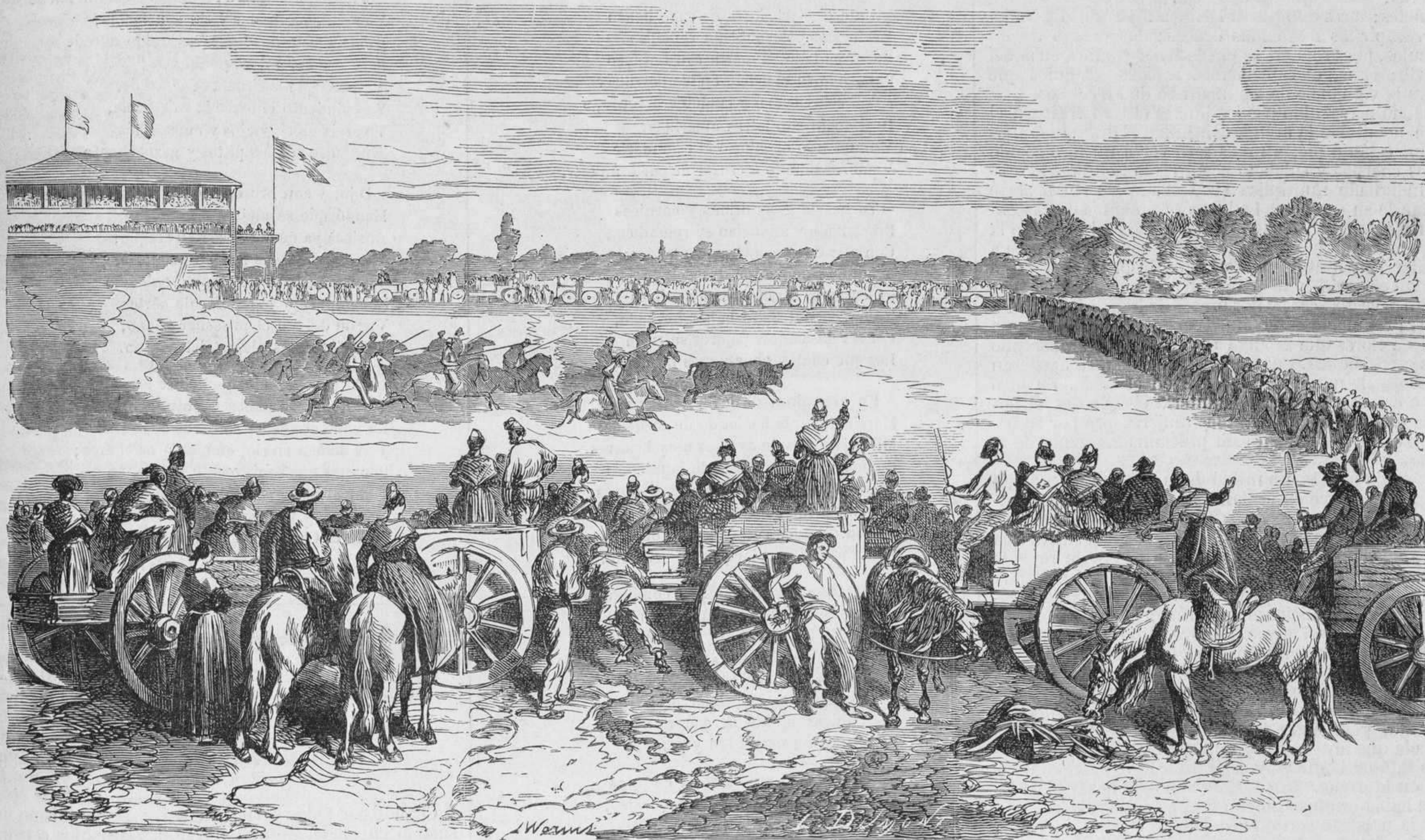
De todas las costumbres populares que se conservan y se perpetúan en la Provenza, la marcadura (*ferrade*), es seguramente la más grandiosa, la más pintoresca, aquella donde se manifiesta mejor el carácter local. La marcadura tiene por objeto, como lo dice su nombre, estampar en los torillos jóvenes la marca del amo, á fin de que cada cual reconozca siempre los animales que le pertenecen en los de-



COMIDA CAMPESTRE DURANTE LA MARCADURA.

siertos pantanosos donde viven en el estado salvaje las *manadas*. Es una operación pastoril, que en vez de pasar desapercibida en las soledades de la vida campestre, se transforma en un espectáculo tan imponente por la originalidad de la escena y la amplitud de las proporciones, como interesante por la variedad de sus peripecias. La organización de una marcadura exige gastos considerables, y así es que no se organizan á menudo. Al anunciarse esta fiesta, se pone en movimiento la ciudad de Arles con todas las poblaciones contiguas.

Hacer salir al despuntar el día á los torillos de las profundidades de sus pastos, elegir los que no han sido marcados aun, reunirlos y llevarlos hasta el



MARCADURA DE TOROS EN CAMARGUE.

campo de *ferrade* es lo que llaman *desmanadar*; expedición peligrosa en la que solo toman parte los jinetes más atrevidos, y que conocen mejor las costumbres del toro y el modo de guiarle. Sorprendidos en el entorpecimiento que sucede al sueño, los toros se ven cercados por un círculo de picas, y este círculo se va estrechando dejando solo una abertura por donde quieren que se dirijan los toros. A beneficio de esta táctica los concentran en un punto en donde los escogen y en donde arranca el camino hasta la arena elegida para la marcadura. Desprovisto de sus carreras de caballos, desde que las yeguas de Arles han sido trasladadas á Perpignan, el hipódromo de las llanuras de Meyran se presta admirablemente á las vastas evoluciones de esas reuniones tumultuosas. Pocos árboles en esa inmensi-



FARANDULA DURANTE LA MARCADURA.

dad, verdadero dominio del sol por el que la vista se extiende sin obstáculos; una yerba menuda esmaltada con las flores rosadas de la centaura menor que la Providencia ha esparcido en esas regiones como un antídoto contra las calenturas, y algunos tamariscos, hé ahí toda su vegetación; en lontananza, entre hermosas arboledas, aparecen algunos caseríos y la cordillera azulada de las Alpes.

Desde el amanecer los tamboriles y las flautas de la Provenza llaman á la fiesta á los habitantes de Arles; por todas partes y en toda clase de vehículos se precipitan grupos de personas que desean contemplar el drama ó que van á tomar parte en él. Los carruajes y los carros se colocan al lado ó en frente del estrado oficial, formando dos inmensas curvas concéntricas que dejan entre sí un vasto

espacio abierto por uno de sus extremos. Una línea de demarcación señala el lugar donde cesa la persecución de los jinetes, para que el toro sea entregado á los hombres intrépidos encargados de marcarle.

En la arena circulan á pié ó á caballo los actores del drama, y los espectadores se agrupan en las gradas ó en los vehículos. El cutis moreno y el aire varonil de las mujeres de la Crau, contrastan allí con la delicadeza y la elegancia arlesianas, así como los coches y los trajes aristocráticos alternan vistosamente con los trajes provenzales. Torbellinos de polvo y mugidos lejanos anuncian la llegada de trescientos toros perseguidos por cuatrocientos ó quinientos jinetes, y un inmenso clamor saluda su venida. Espantados con tanto ruido, los salvajes habitantes de los silenciosos pantanos rompen la línea de sus guías y vuelven á tomar corriendo el camino de sus guaridas; pero una diestra maniobra les hace cambiar y llegar al circo. Entonces el cuadro está completo y no puede darse nada más grandioso.

Sobre el tono leve y transparente del horizonte se destaca la negra línea de los monstruos contenidos por enjambres de jinetes que se mueven incesantemente en su derredor, y de este escuadrón sombrío van saliendo por intervalos algunos toros que lanzan al circo. Entonces se pueden observar los diferentes episodios de una marcatura arlesiana: jinetes que llevan en ancas del caballo mujeres ó jóvenes que no hacen caso del peligro, tanto que algunas van solas con el palo de tres puntas de hierro en la mano que acostumbra á llevar en las praderas; potros que se desbocan y arrojan al suelo á los jinetes; toros que pasan la línea del recinto y van á interrumpir las meriendas organizadas debajo de los vehículos, pues solo así se puede tener sombra en aquel desierto; risas, exclamaciones, rápidos coloquios que burlan la vigilancia de las madres ó de los celosos.

Cuando perseguido por los jinetes el toro traspasa el límite que divide la arena, continúan el drama los mozos que están á pié, y no es raro ver á un toro cogido por los cuernos y sujetado por un solo hombre. El animal indignado multiplica sus saltos, pero sin poderse librar de su enemigo. La lucha se prolonga horrascosa y terrible, y reconociendo por fin la superioridad de la fuerza humana, el monstruo medio vencido se limita á defender con obstinación su equilibrio. De repente le levantan el hocico y le estrechan y retuercen el cuello; el animal vacila, cae, y dos brazos de hierro le clavan á la tierra en medio de un huracán de aplausos y de una lluvia de flores que prodiga al vencedor el entusiasmo de las espectadoras. Cuatro mozos acuden, se apoderan del toro y le mantienen inmóvil en el suelo. En otro tiempo era una suprema galantería el conceder el honor de estampar la marca á las mujeres que por su belleza y elegancia habían sido proclamadas reinas de la fiesta.

Concluida la primera mitad de la función, la muchedumbre se esparce en la llanura, y allí donde encuentran un poco de yerba y una apariencia de sombra, improvisan una comida, en la que se da rienda suelta á la alegría, excitada por el vino de Crau. Pero de repente las flautas y los tamboriles dan la señal del baile; la muchedumbre se pone en pié alborozada; todas las edades, todas las condiciones se confunden, todas las manos se enlazan, y el tormentoso remolino de una inmensa farándula desarrolla hasta el horizonte las rápidas evoluciones de una espiral infinita. Únicamente el anuncio de que se va á continuar la marcatura podría detener semejante baile. Bien ó mal, cada cual se vuelve á su puesto, y prosigue la operación; la gente está más animada que antes, y llega un momento en que el ardor es tal que hombres y caballos suelen rodar confundidos en la arena. Entonces se ven esas hazañas de las que se habla durante mucho tiempo en las aldeas.

Por la presteza con que se recorre el camino, por la pintoresca confusión de los vehículos más elegantes y más extraños, por las luchas de velocidad que improvisan los jinetes y las campestras amazonas, el regreso no es la parte menos interesante de la fiesta. Trinquetáille y Arles, ó al menos las pocas personas que no han podido ir á las llanuras, reciben á los que vuelven con amistosos clamores ó con chistosas agudezas. — Tal ha sido en el llano de Meyran la marcatura, cuyos principales episodios, dibujados en el lugar de la fiesta, ofrecemos con este artículo á nuestros lectores. J. C.

### El verano.

Huyendo va la hermosa Primavera  
Como liebre acosada por los perros;  
De sus mejillas brota una gotera  
A fuerza de sudar saltando cerros:  
Fué en el mundo feliz ramilleteira,  
Vivió sin cometer culpas ni yerros,  
Y huye al fin, sin que nadie la socorra,  
De un mozo que la quiere armar camorra.

Revélase en su pálido semblante  
Que no nos abandona por su gusto;  
Al verla atribulada y jadeante  
El más topo dirá que lleva susto;  
La hembra parece del Judío errante  
En su largo correr y ceño adusto:  
Nadie se admire de que corra y tema,  
Pues la pobre va huyendo de la quema.

En pos de ella con ceño furibundo  
Un mozo por el valle se divisa;  
Animos trae de incendiar el mundo  
Y en llamas trueca cuantas flores pisa;  
Del infierno habitó lo más profundo,  
Y de allí viene en mangas de camisa  
Mas daños á causar que causa un lobo  
Y á hacer una sarten de nuestro globo.

Sarten, pero sarten de un alto rango  
Donde cabe la humana muchedumbre;  
Sarten que él mismo agarra por el mango  
Y que haciéndola hervir con vasta lumbre,  
Sirve para que bailen el fandango,  
Con mucho más ardor que de costumbre,  
Los hombres que se tornan viboreznos  
Al verse convertidos en torreznos.

En su frente de rayos coronada  
Dice el mozo en cuestión que es el Verano;  
Terrible y penetrante es su mirada,  
Macilento el color, rostro mal sano;  
Su cabeza de pelos tan segada  
Que es lisa cual la palma de la mano;  
Y sus piés tan dormidos y tan flojos  
Que sirven para mofa de los cojos.

Un estandarte lleva en cuyo lienzo  
De formas deleznable y sencillas  
Se ve pintado al mártir san Lorenzo  
Sufriendo su martirio en las parrillas.  
« Con estas armas á cualquiera venzo, »  
Dice abajo con letras amarillas;  
Y moviendo orgulloso el estandarte  
Viene el mundo á cruzar de parte á parte.

Turbas de golondrinas y cornices  
Precédente y anunciando su reinado  
Con voz de zarzueleras cantatrices  
Y compás de cantor desorejado;  
Precursoras más torpes é infelices  
No pudiera el Estío haber buscado,  
Por ser de cuantos pájaros se crían  
Los que cantan peor y más porfían.

Un escuadrón de grillos y cigarras  
Marchan detrás haciendo de cornetas;  
Mil enjambres de avispas muy bizarras  
En pos caminan revolando inquietas:  
Llevando cuanto pueden en sus garras  
Hormigas cuidadosas y discretas  
Siguen después con orden y gobierno  
Pensando en acopiar para el invierno.

Van formando también la comitiva  
Graciosas chinches de uniforme rojo,  
Pulgas de talle esbelto y sangre viva,  
Tendiendo hambrientas por do quier el ojo:  
Moscas de fácil vuelo y mano activa  
Para cebarse en el primer despojo;  
Y en fin, mosquitos de sonora trompa  
Para mayor solemnidad y pompa.

« Siguen luego mil carros y carretas  
Llenos de varias y abundantes frutas,  
Al parecer de educación completas,  
Pero que son en madurar reclutas,  
Con buenas caras y con malas tretas  
Salen del mundo á recorrer las rutas  
Llamándose ciruelas y melones,  
Peras, guindas, agraz, melocotones.

En pacientes y cándidos pollinos  
Distingúense detrás sendas banastas  
De tomates, pimientos y pepinos  
Y otras verduras de infinitas castas:  
Las lechugas con síntomas dañinos,  
Las berenjenas con sus pieles bastas,  
Gran depósito allí de todo viene:  
Sociedad de seguros contra higiene.

Cierran la larga procesión ridícula  
Cien corpulentos y rabiosos canes  
Que van representando la Canícula,  
De quien son furibundos edecanes;  
Después de haber partícula á partícula  
Comido con ardor sabrosos panes,  
Enseñan aun los afilados dientes  
Y ladran con aullidos imponentes.

« ¡Alto! » dijo el Verano con voz fiera,  
Andaz apoderándose del trono  
Que vacante dejó la Primavera;  
« Yo mismo, prosiguió, yo me coronó,  
Al mismo sol me pongo por montera,  
Y al mundo entero espantará mi encono:  
Publíquese al momento que el Verano  
Se declara del globo soberano,

« Los rayos de este sol que orla mi frente  
Al mundo arrojaré con despilfarro  
Y nadie ¡ voto á bríos! sé me insolente,  
O en mi loca soberbia le achicharro.  
Ahora, vosotros, que formáis mi gente,  
Los que vinisteis con marcial desgarro  
Gustosos á ayudarme en la alta empresa,  
Mi programa escuchad que os interesa.

« Los grillos, de monótono chillido,  
Las codornices, de incesante canto,  
Las golondrinas, de fatal quejido,  
Y las cigarras, que rechinan tanto,  
En mis filas, sabed, os he traído  
Con el objeto, á la verdad, no santo,  
De que infundais entre la raza humana  
La soñera, el fastidio y la galvana.

« Vosotros, los que usáis armas punzantes,  
Pulgas, chinches, avispas y mosquitos,  
No os durmais en las pajas; volad antes  
Y agolpaos detrás de esos malditos;  
Dadles mil picotazos irritantes,  
Behed su sangre hasta morir de abitos;  
Chupad y rechupad, porque quien chupa  
Ricos tesoros en su panza agrupa.

« Chupa el hombre también de cuanto puede  
Y engulle sin temor y sin conciencia;  
¿ Veis esas frutas? pues las traigo adrede  
Para ser del goloso penitencia;  
Yo haré que la ciruela se le acede,  
Y el pimiento le turbe la existencia,  
Y vereis morir viejos y muchachos  
A impulsos de los pistos y gazpachos. »

Dijo, y con brusco y majestuoso empaque  
Mandó que se alejara la cohorte,  
Ansiosa ya de comenzar su ataque;  
Y mostrando sus iras en su porte,  
Víctimas presto del común achaque  
El campesino y el señor de córte  
Vieron del Sol el proceder tirano,  
Y sufrieron las plagas del Verano.

¡ Ay! en vano las gentes se escabullen  
Y van de una comarca á otra comarca;  
En vano el agua á cántaros engullen  
Y se bañan en río, en mar ó en charca;  
Por más que se refrescan y rebullen  
Todo el Estío con su ardor lo abarca;  
Y baños, y refrescos, todo es vano;  
¡ Solo el Otoño matará al Verano!

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

### Real Academia española.

DISCURSO LEIDO POR EL SEÑOR DON ANTONIO ALCALÁ  
GALIANO EN LA JUNTA CELEBRADA EL DÍA 29.

Que el estudio profundo y detenido de las lenguas extranjeras, lejos de contribuir al deterioro de la propia, sirve para conocerla y manejarla con más acierto.

Cuando por todas partes suenan, y por lo mismo que suenan en balde, se repiten sentidos lamentos con que los amantes de nuestra lengua se duelen del estado de corrupción á que ha llegado en manos de ignorantes escritores, no es impropio lugar este recinto, ni ocasión inoportuna la presente, para que una vez más se oiga tan justa queja, siquiera canse ó enoje por lo repetida ó por lo inútil. Al cuerpo custodio de la pureza de tan maltratado y estropeado idioma toca ser constante en el desempeño de uno de sus principales cargos; y pues tanto se ha menester limpiar lo que de continuo se mancha, la necesidad disculpa y hasta justifica lo poco agradable y nada nuevo de la materia del discurso que esta real Academia se ha dignado encargarme para el presente día; quizá, permítaseme decirlo, cometiendo un yerro por exceso de indulgencia al escoger voz tan flaca, y ahora como antes nunca debilitada por el peso de los años y los males, para que lleve la de tantos miles ilustres compañeros.

Y como para fijar nuestra lengua por medio de agudas y atinadas observaciones, hijas del estudio y buen juicio, y para darle esplendor con brillantes escritos es razón recurrir á los hombres de superior entendimiento y doctrina, para cumplir con la parte primera de nuestra divisa bastan inferiores dotes. Bien sienta pues pobre asunto á no menos pobre ingenio; y si mis colegas y el respetable auditorio, que con su asistencia nos favorece, no pueden prometerse en este instante el placer de admirar el vuelo de una atrevida fantasía, ó de regalar el oído con los primores de un estilo y dición donde vayan hermanados lo galano y lo correcto, tratando una materia que á la par empuja la atención por su importancia y deleite por lo feliz del desempeño, en compensación no habrá que temer una caída de las que causan juntamente los opuestos efectos de dolor y risa en quienes son de ellas espectadores.

No es mi propósito meramente condolerme de un mal

de todos conocido, confesado y llorado; pues para proceder así me bastarían pocas frases, que además pecarían por ser vaga enunciación de la naturaleza y gravedad de la dolencia, y no, como es debido y conveniente que sea, exámen de uno de sus varios orígenes, lo cual lleva á encontrarle uno de los remedios que pueden, cuando no sanarla de raíz, mitigar lo intenso y acerbo de su carácter y estragos.

Al estudio casi exclusivo de lenguas extrañas, y muy particularmente de la francesa, es común achacar la decadencia y postración actual de la castellana; y en esta opinión general hay mucho cierto, pues nunca un error universal, aun siendo de los mas groseros, deja de ser una verdad vista, ó mal, ó en una pequeña parte, ó por solo un lado; pero hay no poco, si no enteramente erróneo, equivocado, ó cuando menos, en que va mezclada y confusa con una idea verdadera una falsa. Sin duda quien únicamente, ó si no tanto poco menos, leyese libros solo en un idioma, llegaría á contraer el hábito de concebir y arreglar en él sus pensamientos, lo cual lleva consigo el valerse de giros y voces de la lengua en que se piensa, y aun pasa á mas, porque da cierta naturaleza particular al estilo, del que es la dicción, si no la parte principal, una muy considerable. Con menos seguridad puede afirmarse que leyendo solo libros en nuestra lengua propia, no estaremos expuestos á incurrir en la culpa de usar frases y palabras extranjeras, porque es necesario, para que así suceda, que los libros leídos y manejados estén escritos con pura y correcta dicción, prenda nada común en estos días de adulteración y deterioro de nuestro idioma; y aun en caso tal, todavía es posible, y bien se podría decir probable, que recoja y pase á emplear la pluma giros y vocablos de los menos sufribles; siendo sabido que hoy, si mal escribimos, peor hablamos. Y no cabiendo, por otra parte, en lo posible que una persona ilustrada ignore toda lengua extranjera, ó se abstenga de leer obras que no estén escritas en la suya propia, el bien, si acaso lo fuese, de la como cuarentena literaria para libertarse de roces peligrosos se quedaría en ser un deseo inasequible.

Pero bien mirado, no es el conocimiento cabal y perfecto de lenguas extranjeras, y el manejo no exclusivo de libros en un idioma ajeno, lo que vicia y corrompe el habla castellana, y lo que asimismo está viciando y corrompiendo la dicción en los escritos de otras gentes; no escapando la actual literatura francesa, general corruptora, de verse ella misma corrompida. Lo que sí daña, lo que sí es de condenar y de evitar, es el conocimiento somero é imperfecto de una lengua de la cual, ó se traduce una obra, ó se toman ideas; y lo que tiene mas parte en el deterioro presente del habla de nuestros mayores, de cierto no es tanto la lectura de buenos libros franceses, cuanto el manejo de escritos de nuestros días, donde no pocos galicistas lo son ignorando casi del todo, y en alguna ocasión enteramente, el idioma cuyas frases y voces emplean, y con frecuencia no en su verdadera acepción y significado genuino; yerro muy común, hijo de la ignorancia. Si don Tomás de Iriarte, aunque escritor de fría imaginación y desmayado estilo, á nadie segundo, no obstante su profundo conocimiento del idioma francés, en lo puro y correcto de la dicción, dice en una de sus fábulas que algun

Español que tal vez recitaria  
Quinientos versos de Boileau ó del Tasso,  
Puede ser que no sepa todavía  
En qué lengua los hizo Garcilaso.

este aserto debe ser considerado como una ponderación de las muy usadas y lícitas en las generalidades de la sátira; pero sin temor de errar, puede afirmarse que tales españoles no existen ni han existido, á no ser de los educados y de continuo residentes fuera de su patria; pues de los aficionados á la literatura, á punto de haber leído y conservado en la memoria largos trozos del inlucido escritor francés y del gran poeta italiano, ninguno habrá totalmente ajeno de toda noticia, ó aun de la tal cual lectura de los principales poetas, cuando no de todos los buenos escritores de su lengua propia. Por sobra de estudios no suelen los hombres errar, y el de los idiomas extranjeros es, como el que mas, provechoso; y lo es hasta para el perfecto conocimiento y acertado cultivo de otro cualquiera, incluso el nativo, siempre que el estudio sea hecho con el debido detenimiento, profundizando y analizando, y que le acompañe un cotejo de la una con la otra lengua, donde se verá patente la índole respectiva de cada cual de ellas, tomando en cuenta sus orígenes, formación, crecimiento, época de perfección, si alguna merece tal nombre, decadencia y estado actual; datos y consideraciones que no pueden menos de ser útiles para que enterándose bien el estudio de las condiciones particulares del habla de cada pueblo, atienda á sus relaciones con la del otro, y de ello deduzca cuál es el lenguaje que así á este como á aquel conviene y corresponde.

Del francés tomamos ahora los españoles, y empezamos á tomar desde el siglo próximo pasado, y han tomado y siguen tomando otras naciones, no solo voces, cosa lícita y hasta necesaria cuando de allí vienen objetos y aun pensamientos nuevos para los cuales falta nombre ó expresión propia en el pueblo que los adopta, sino hasta giros y frases, á las que (salvo en algun rarísimo caso en que piden peculiar modo de expresarse ciertos conceptos) hay siempre que sustituir del fondo de nuestra lengua castellana.

No sería difícil, con todo eso, probar que solo del francés mal sabido nacen los mas atroces galicismos, y que

del francés bien estudiado y llegado á poseer, si bien es posible tomar algo mas de lo debido, es fácil sacar con qué conocer bien, y siendo diestro, con qué manejar acertadamente nuestro idioma. Casi todos los galicistas, ó cuando menos de entre ellos los mas graves y frecuentes pecadores, tienen por ocasion de su culpa la lectura de libros contemporáneos, tanto los medianos y los de poco valor, cuanto los superiormente escritos. Novelas y periódicos son las fuentes donde beben lo que los inficiona y vicia; y aunque hay novelistas y periodistas que escriben bien, y como quien mejor, todavía la corriente ordinaria del novelismo y periodismo es turbia, cenagosa y nada sana, siendo casi imposible al beber separar el agua pura de la corrompida. . . . .

Deben compararse los escritos de los franceses de la segunda parte del siglo XVII y de todo el XVIII, no con los nuestros de la última mitad del primero y de la primera del segundo, cuando, si aun era pura en ellos la dicción, lo extremadamente vicioso del estilo la oscurecía, sino con las pocas bien escritas obras castellanas del reinado de Carlos III y principios del de Carlos IV, cuyo lenguaje era mas correcto, si bien mucho menos bello que el usado en la época de los Felipes austriacos; calificación que comprende á don Vicente de los Rios, al colector don Tomás Sanchez, á don Tomás de Iriarte, el mas puro, pero no, cierto, el mejor de todos; á Jovellanos, cuya primacía es universalmente proclamada, aunque de completa pureza de dicción no pueda alabársele con justicia; á don Juan Bautista Muñoz, á don Leandro Fernández de Moratin, á los hermanos Villanueva, á don Tomás Gonzalez Carvajal, á Capmany, á pesar de sus rarezas y resabios de catalanismo; á Vargas Ponce, no obstante su afectación de arcaísmo, que le hace escabroso, y á algunos otros, cuyos nombres, ó no se recuerdan ahora, ó se omiten sin intento de hacerles agravio y solo por no dilatar con exceso esta lista.

De los franceses nuestros contemporáneos no hay que hablar, aunque hoy blasone con razon Francia de eminentes escritores, pues en lo general de las obras que allí salen á luz está el idioma estropeado y corrompido; y cabalmente de estos escritos de mala clase, no bien entendidos, es de los que sale la jerigonza que ha venido á ser lenguaje corriente del vulgo literario de nuestra patria. Y es, por cierto, lástima grande que la corrupción en uno ú otro caso alcance á autores de mérito y justo renombre; sucediendo con este mal lo que con algunos del cuerpo humano, cuando en ciertas epidemias padecen primero quienes viven malamente, ó por necesidad ó por vicio, y á la postre, inficionado el aire, se comunica la enfermedad á la gente robusta y de vida arreglada. A la cual dolencia bien podría decirse que se aconseja aquí dar un remedio en cierta manera homeopático, buscándole allí de donde vino el daño, y no en el contrario extremo; pero no llevando la semejanza hasta á aconsejar cortas dosis de la medicina, sino al revés, las mas crecidas que consientan las circunstancias del doliente.

No es empero del estudio de una sola lengua extranjera, y esta la mas fácil de saber y la mas sabida, de lo que debe sacarse grandes ventajas para el conocimiento y cultivo de la propia. Porque si de solo estudiar el francés, haciéndolo como es debido, forzosamente ha de resultar mas provecho que daño, mucho mejores resultados dará añadir á su estudio el exámen de otros idiomas. Entre ellos merece preferencia el italiano, tan usado por nuestros mayores, á veces de un modo no menos digno de censura que las viciosas prácticas de nuestros galicistas modernos, pues que escritores como Garcilaso y Cervantes, al decir el primero:

¿Cosa pudo bastar á tal crueza?

y el segundo: «¿Qué son insulas? ¿Es alguna cosa de comer, golosazo, comilon que tú eres? cometieron el gravísimo pecado de emplear, no ya una voz, sino una locución de lengua extraña y muy ajena de la suya; no siendo estos dos los únicos italianismos que en ellos y en otros buenos autores castellanos del siglo XVI y aun en algunos del siglo XVII merecen ser tambien tachados.

Por lo mismo es importantísimo el exámen de la lengua italiana en los mejores modelos de su rica literatura, para enterarnos bien de cuál es la índole de nuestro idioma, su hermano, y hermano muy parecido, aunque idéntico no. Hay además, en apoyo de la recomendación de tal estudio, la consideración de que cabalmente las vicisitudes de aquella lengua han sido casi las mismas que las de la castellana, hasta en las fechas, con diferencia que bien puede decirse leve. En la edad media nace vigorosa, y tanto, que aparece en la que debia ser su infancia con proporciones y fuerzas gigantescas en la gran figura de Dante. No acabado aun el siglo XIV, en la prosa de Boccaccio y en los versos de Petrarca, se presenta ya con una clase de perfección y aliño que señaladamente en el nombrado en segundo lugar, es de aquellos en que lo escogido y elegante del estilo y dicción, si no manifiesta decadencia, da hartos motivos para temerla cercana. Al comenzar el siglo XVI, y durante todo él, en Machiavelli y Guicciardini, como en Ariosto y Torcuato Tasso, y en otros varios y numerosos escritores en verso y prosa que siendo inferiores luceros al lado de astros de tanta magnitud y brillo, serian soles en firmamento menos poblado y no tan resplandeciente, conserva en su cabal integridad su peregrina hermosura.

Corrómpese el estilo en el siglo XVII casi tanto como en nuestra España; pero la dicción no por esto se contamina. Llega el siglo XVIII, y la grandeza literaria de

Francia al comenzar, así como en la segunda mitad del anterior, generalmente admirada y reconocida, todo lo avasalla y oscurece, y de la admiración nacen los conatos de imitar, y la imitación, que quiere serlo puramente del estilo, lleva sin sentirlo ó sin poderlo remediar á copiar la frase y á tomar voces de lo escogido por modelo.

Hacia aquel tiempo, fenecida la dominación de España en Italia, aparecen al cabo de breve plazo en aquel suelo dos como renuevos del árbol caído, vástago de la rama de los Borbones españoles, y ciñendo un príncipe sus sienes con la corona real de las Dos-Sicilias, y otro con la ducal de Parma, quedan establecidos en aquella península dos gobiernos y dos córtes, á las que cuadra el dictado de hispano-francesas. Fuese en parte por esta causa, ó por ella y otras antes aquí expresadas, el idioma italiano se afrancesa, de lo cual dan notable ejemplo los escritores de aquel pueblo durante el siglo XVIII; Algarotti, Beccaria, Filangieri, y aun Metastasio mismo en cierto modo, y lo general de sus compatriotas y contemporáneos, si bien con algunas, pero poquísimas excepciones.

Posteriormente, cuando entrado este siglo estaba la dominación francesa en Italia, según las apariencias, sobre firmísimos cimientos, se vió retroceder la literatura italiana en punto á estilo y dicción de la imitación transalpina á la de los antiguos modelos del idioma toscano. Ha llegado allí en nuestros días hasta á ser en no pocos escritos enmarañada la frase, y vuéltose al uso frecuente del hipérbaton, que siendo empleado con templanza sienta bien en aquella lengua casi latina. De ello ha resultado una dicción nueva, donde van hermanados arcaísmos y neologismos, conjunto que en los malos escritores ofende, y que en los buenos, ó no se deja sentir, ó sentido no desagrada.

Ahora pues, ¿quién no ha de conocer ó quién podrá negar que el estudio de la lengua y literatura italiana es sobremanera conducente al buen conocimiento del habla de Castilla, que hoy lo es de España toda?

Se quejan algunos críticos puristas entre nuestros vecinos peninsulares que está ahora su lengua adulterada en la mayor parte de los escritos que salen á luz; queja que tiene visos de ser fundada, atendiendo á lo que pasa en otros pueblos cuya situación es parecida á la de Portugal; y queja que estima justa el autor de este trabajo por lo poco que conoce de un idioma difícil de conocer bien para los españoles por la semejanza que tiene con el suyo; lo cual lleva, ó á desentenderse de estudiarle, ó á estudiarle con cuidado menos prolijo.

Como quiera que sea, el conocimiento del idioma portugués sirve en gran manera para el de nuestro castellano, pues conserva un caudal de voces y frases hoy de nosotros olvidadas, y que eran parte del antiguo tesoro de nuestra lengua; de suerte que cometiendo portuguesesismos (si es permitida tal expresión), mas restauraríamos en cierto grado, la pureza que viciáramos la contestura del habla castellana castiza del siglo XVI, dando aun á esta un sabor antíguado.

Hasta aquí todo cuanto se ha dicho se refiere solo á las lenguas por voto casi universal consideradas y llamadas neo-latinas. De una de estas, á veces mal entendida, ha nacido principalmente la corrupción actual de la castellana y portuguesa y aun de la italiana; y por lo mismo, al buscar remedio al mal que ha causado, era natural que de ella tratásemos primero, é inmediatamente despues de las que teniendo el mismo origen, se parecen unas á otras en la forma y han pasado por casi idénticas vicisitudes.

Del influjo de otros idiomas modernos, cuyo origen no es latino, poco ó nada hay que llorar por lo pasado ó que temer para lo venidero; pues algunos anglicismos, de palabras y no de frases, hoy muy introducidos en el vocabulario corriente usado en nuestros escritos del día, han venido á España como galicismos adoptados ya por los franceses, vestidos al uso del pueblo que los ha prohibido, y pasando por ser de su patria adoptiva. Pero de que de idiomas al nuestro mas extraños no haya que temer, no se sigue que no haya que esperar; pues muy al contrario, con atención esmerada á algunos de raíz sajona ó germánica, notándose bien las semejanzas y desemejanzas que hay entre ellos y los neo-latinos, se adelanta en el conocimiento de estos últimos y se puede percibir, cotejando y reflexionando qué clase de diferencias los separan, y cómo son otras que las que existen entre los mas parecidos por ser hijos de una misma madre.

De la lengua principal entre las hijas de la sajona, esto es, de la alemana, mal podría hablar la humilde persona á quien están ahora honrando con su atención tantos ilustrados oyentes, pues tiene la desgracia de no saberla, si bien se arroja á decir, fiado en testimonios dignos de fe, que es en alto grado rica y flexible; razon por la cual su estudio forzosamente ha de ser de no menor provecho que el de otras para el fin de que trata este enfadoso discurso. Pero de la inglesa no será temeridad afirmar que examinándolo bien, resultará de ello no corta utilidad para comprender y cultivar mejor la castellana. Tiene el idioma inglés la particularidad de ser un conjunto donde está en fusión, con bastante del elemento germánico, no poco del neo-latino. Además, los ingleses dan muy franca la entrada á palabras extranjeras, y las prohijan é incorporan en su vocabulario, conservando empero su sintáxis, á la que obedecen y se ajustan los vocablos admitidos.

Ahora pues, visto cuál es y ha sido la índole de la lengua inglesa, y las mudanzas y vicisitudes que ha tenido, no parece desacierto afirmar que su estudio servirá

al buen uso de la nuestra neo-latina, sobre todo si se hace de los escritos ingleses un careo con los franceses, de donde resultará quedar para los españoles muy disminuido el peligro de recibir del trato exclusivo con los últimos, no solo los pensamientos, sino los modos de expresarlos. Ocurre ahora aquí una reflexión por demás conducente á probar cuán errada es la muy generalizada persuasión de que á la francesa nos es necesario tratar toda materia de que, ó no trataron, ó trataban con otras doctrinas que las hoy reinantes los escritores castellanos de los días de la monarquía austriaca. De nuestra lengua patria confiesan con dolor sus apasionados y defensores, y dicen con empeño los que la tienen en poco aprecio (quizá por la costumbre que han contraído de maltratarla, y por el natural deseo á ello consiguiente de poder justificar su conducta), que si bien es sonora, majestuosa y por mil calidades bella, no puede con justo título blasonar de rica, y que aun concediéndole riqueza en la parte de idioma vulgar para jocosidades y chuscadas, y para tratar materias de devoción ó para la poesía; y alargándose mucho, para la historia, en lo tocante al lenguaje propio y hasta necesario para hablar de asuntos filosóficos ó políticos, dista á tal punto de ser rica, que bien merece la calificación de pobre.

No es, en efecto, enteramente infundada esta acusación ó queja, porque los escritores de los buenos tiempos de nuestra literatura se dedicaban poco á materias filosóficas ó políticas; y cuando de ellas trataban, lo hacían de un modo que mal puede ser fielmente copiado hoy que la política y la filosofía, y señaladamente esta última, descansan en mas elevadas bases y abarcan harto mas espacioso horizonte, si bien todavía las obras políticas de Saavedra Fajardo, de Quevedo y de algunos mas, purgadas de sus vicios de estilo, suministran en su dición, aunque no lo bastante al uso del lenguaje político de nuestros tiempos, una suma razonable de frases y voces que bien podía ser aprovechada. Pero volviendo de aquí al tema del presente trabajo, viene á cuento decir que leyendo escritos ingleses, se verá cuán hacedero es tratar los mismos argumentos que los franceses sin copiarles puntualmente la frase.

Sirvan de comprobantes de este último aserto los periódicos, cabalmente la clase de producciones mas leída en estas horas, y acaso la que mas influye en punto á la formación del estilo y á la elección de la



Mma LEMOINE-MONTIGNY (Rosa Cheri), actriz del teatro del Gimnasio (Véase la Revista de Paris del nº 456).

dición en sus numerosos lectores, muchos de los cuales despues pasan á manejar la pluma. Léanse artículos de los periódicos ingleses trimestrales, mensuales, semanales y diarios, y hágase en seguida lo mismo con artículos franceses de igual clase, y se notará que si en algunas cosas coinciden, y si los unos toman voces de los otros, en el corte y giro de la frase aparecen tan diferentes cuanto cabe serlo. Si luego pasamos á hacer idéntico cotejo del estilo y dición de nuestros periódicos con los usados por los franceses, se verá que los primeros son remedo fiel de los segundos, á punto de parecer con frecuencia traducido lo que es original: á tal grado llega la puntualidad del copiante ó la imitación hecha por el discípulo de la manera de su maestro! Ahora bien: reparando en esta diferencia ¿no podremos caer en cuenta de que es posible tratar nosotros á la castellana materias que tratan á la inglesa los ingleses, esto es, adoptando si vocablos con pensamientos traídos de afuera, pero dándoles algo de español para legitimarlos ó naturalizarlos en nuestra patria?

(Se concluirá.)

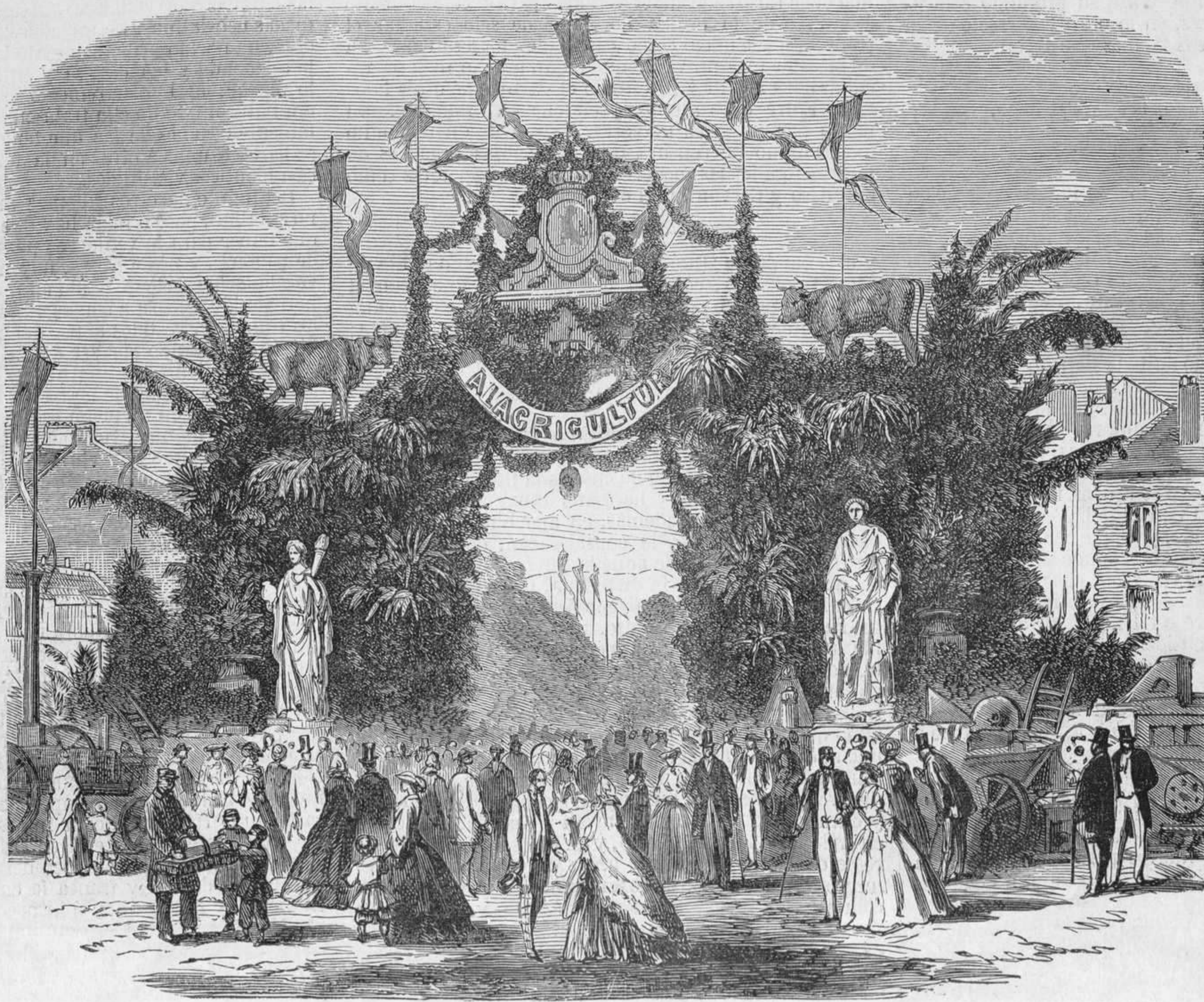
### Exposicion

DE HORTICULTURA Y DE AGRICULTURA EN BRUSELAS.

La exposicion de agricultura y horticultura de Bruselas era una de las partes mas interesantes de la gran fiesta nacional que se celebra todos los años en la capital de la Bélgica por el mes de setiembre.

Para colocar esta exposicion habian elegido los terrenos dependientes de la Escuela de medicina veterinaria del Estado. A la entrada de la magnífica alameda que conduce á esta escuela, se alzaba un pórtico triunfal formado de elementos tomados á la agricultura y á la horticultura. Es imposible imaginar nada mas gracioso. ¿Qué de riquezas en esta exposicion! ¿Cuántas plantas magníficas, cuántas máquinas ingeniosas! Nunca se ha visto una coleccion mas variada de melocotones, de uvas y de peras; y despues de las frutas plateados linos, tabacos con hojas gigantes, lúpulos de una altura prodigiosa y plantas de toda clase y de todos los paises.

En cuanto á las máquinas, seria imposible enumerarlas, tantas habia. ¿Qué de progresos ha debido hacer la agricultura desde que el hombre tiene á su disposición semejantes instrumentos! H. C.



ENTRADA DE LA EXPOSICION AGRICOLA DE BRUSELAS.

**M. Kind,**

**Y EL POZO ARTESIANO DE PASSY.**

Las obras del pozo de Passy acaban de terminarse felizmente, y las aguas han saltado por fin con la mayor abundancia.

El 23 de junio de 1855, M. Kind, ingeniero prusiano, comenzó estas obras en virtud de un contrato hecho con la villa de Paris á fines de 1854, por manera que han durado seis años y nueve dias.

M. Mulot empleó poco mas ó menos el mismo tiempo en abrir el pozo de Grenelle.

El pozo de la llanura de Passy tiene 585 m. 50 c. de profundidad, y el de Grenelle 615 m.; la diferencia de profundidad es de 29 m. 50 c. El pozo de Grenelle solo tiene 30 c. de diámetro en el orificio superior, y el de Passy tiene 1 m. El pozo de Grenelle no ha dado mas que 1,800 litros de agua por minuto, y el de Passy da 15,000 metros cúbicos cada veinte y cuatro horas, ó sean 130 hectólitros, ó 15 millones de litros; es todo un rio que corre ahora por el llano de Passy. La fuerza ascensional del pozo de Passy es igual á 53 atmósferas.

El agua del pozo de Passy humea, es verdosa, está cargada de arena



M. KIND, INGENIERO DEL POZO DE PASSY.

y disuelve el jabon; su temperatura se encuentra á 28 ó 30 grados. Cuando se haya limpiado la base del agujero, se haya formado allí una ancha campana y se eleve un tubo de 20 á 22 metros sobre el nivel del terreno de la llanura de Passy, el agua turbia hoy será tan clara y trasparente como la que arroja el pozo de Grenelle.

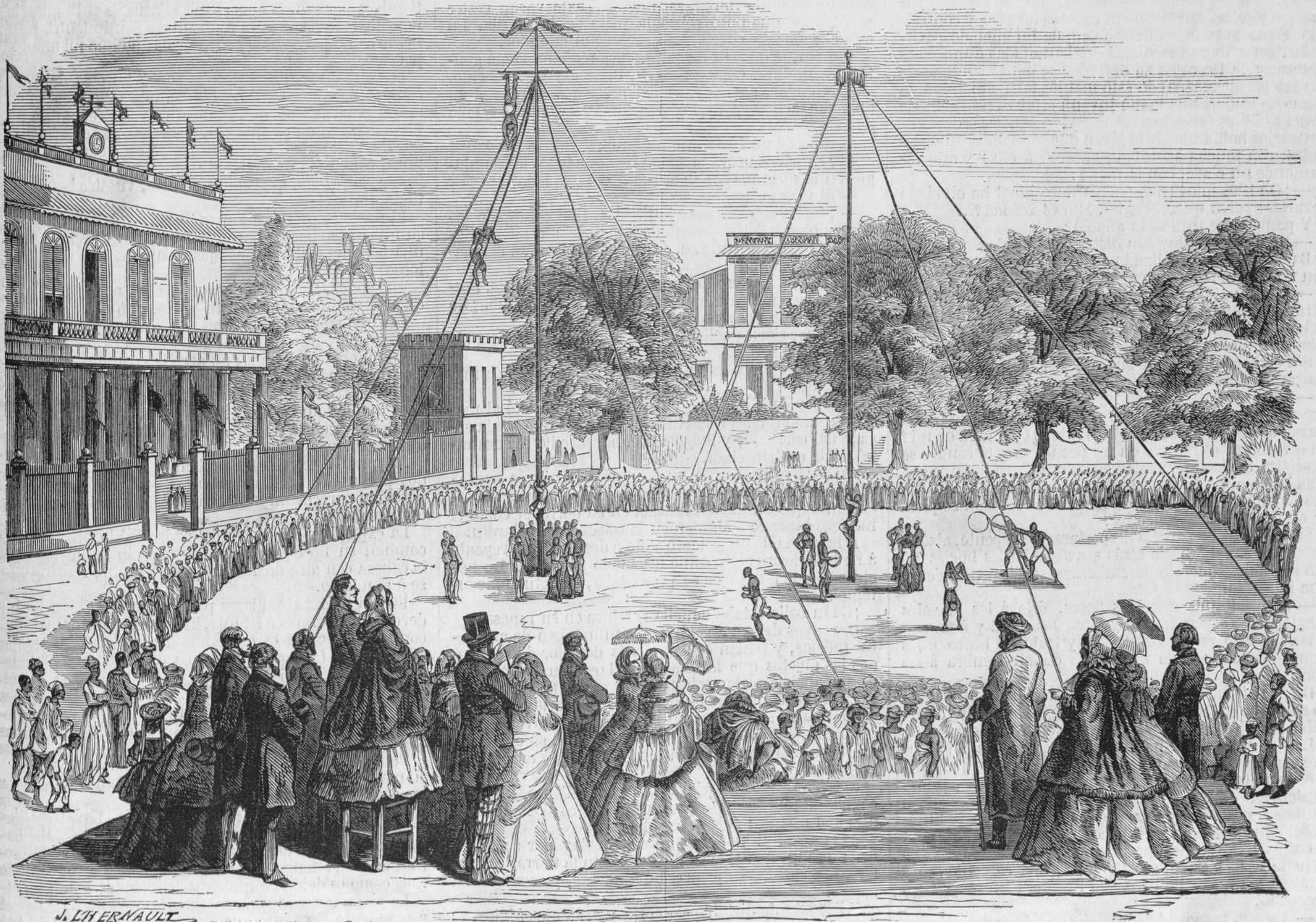
C.

**Celebracion**

**DE LA FIESTA DEL 15 DE AGOSTO EN KARIKAL (INDIA FRANCESA).**

En la India francesa, como en Francia, se ha celebrado con entusiasmo la fiesta del 15 de agosto. Como la pequeña colonia de Karikal, de donde hemos recibido el dibujo que publicamos, es sin duda poco conocida de nuestros lectores, diremos aquí de ella cuatro palabras.

Este establecimiento se extiende sobre la costa de Coromandel; fué comprado al rey de Tanjore en 1738, y ensanchado en 1740 y en 1749 por via de compra. Su poblacion es de 55,000 habitantes europeos, musulmanes é indios, y su superficie de 13,515 hectáreas bien cultivadas. La poblacion principal es Karikal, situada por 10°,55 de latitud N., y 77°,24 de longitud E. del meridiano de Paris, y felizmente



CELEBRACION DE LA FIESTA DEL 15 DE AGOSTO EN KARIKAL (India francesa).

construida en la embocadura del Arselar, uno de los principales brazos del Delta del Cavery. Los ingleses se apoderaron del pueblo en 1791 y echaron abajo las fortificaciones que no han sido reconstruidas.

Este establecimiento comenzó á extenderse seriamente desde 1854, época en que el indio vino á ser propietario del terreno en lugar de ser arrendatario del Estado. Las obras que se hicieron en el curso inferior del Arselar han asegurado el servicio de la navegación entre el pueblo y la rada, procurando un hermoso puerto donde se construyen buques de 200 toneladas; la autoridad metropolitana tiene en su poder un proyecto de M. Textor de Ravisi, para ensanchar este puerto hasta que se convierta en el principal de la costa de Coromandel. Karikal posee muchos buques; su movimiento comercial por tierra es considerable, y su movimiento marítimo ha subido en 1860 á 6.860,078 francos, que representan el valor de 32,839 toneladas de mercancías cargadas á bordo de 593 buques franceses, ingleses é indios. Las numerosas mercaderías que alimentan el comercio de este puerto son los granos, semillas y frutos oleaginosos, aceites, fibras y un crecido número de materias hilables, despojos de animales, metales, muchas especias y en general todos los productos intertropicales. Este establecimiento mantiene relaciones de negocios con Europa, las islas Mauricias, la Reunión, Colombo y los puertos de la China por Singapur. La prosperidad de Karikal aumentará de un modo notable el día en que terminadas las obras de su puerto, se ponga este en comunicación mediante un ferro-carril con el *Great southern of India railway* en Negapatam, proyecto que parece haber obtenido la aprobación de los gobiernos de Francia y de Inglaterra.

En suma, la importancia comercial de este establecimiento se aumentará rápidamente con la aplicación de los grandes principios de economía política, que gracias á la firme voluntad y poderoso impulso del emperador, acaban de operar revoluciones comerciales é industriales tan beneficiosas para la prosperidad y la gloria de la Francia. E. H.

### El Noble en la miseria

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

Tan pronto recorre los senderos perdidos absorbida en gratos recuerdos y saboreando las dulces emociones que agitan su corazón, como se detiene, se pone seria y sus bellos ojos se inclinan pensativos hacia la tierra. Así se aproxima á un jardinillo donde los claveles tostados por los rayos del sol doblegan sus cabezas mustias y contraídas. Estas flores debían ser objeto de un cuidado particular, pues todas las matas estaban atadas á una vara blanca, y la tierra en su derredor se hallaba limpia de yerbas perniciosas. Todo esto manifestaba allí que una mano de mujer, una mano juvenil estaba encargada de aquellas flores favoritas.

De lejos había notado la joven que se inclinaban agostadas; con mucha ansiedad se acercó á ellas y dijo levantando un clavel con la mano:

— ¡Oh Dios mio! ¡mis pobres florecillas! he olvidado regarlas ayer... ¿quiereis agua, ¿no es verdad?...

Y poniéndose pensativa añadió:

— Desde ayer estoy tan distraída, tan alegre, tan... Bajó los ojos, y vacilando como por pudor, murmuró con voz suave:

— ¡Gustavo!

Inmóvil como una estatua, sola con una vision encantadora, olvidó un instante las flores, y quizá olvidó con ellas el mundo entero.

Sin embargo, en breve sus labios se movieron y murmuraron á media voz:

— ¡Siempre, siempre su imagen ante mis ojos; siempre su voz que me persigue! ¿Con que no puedo liberarme de esa fascinación? ¡Dios mio! ¿Qué pasa en mí? Mi corazón se estremece en mi pecho; ora la sangre se precipita ardiendo en mis venas, ora corre lenta y helada... Me ahogo... Una secreta angustia turba mi alma... y no obstante, soy dichosa... mi corazón se pierde en una felicidad indecible.

Se calló: luego pareció despertarse de repente, alzó la cabeza, y se echó hacia atrás sus abundantes bucles como si hubiese querido desembarazarse del pensamiento que la poseía.

— Esperad, mis queridas flores, dijo á los claveles sonriéndose; esperad, os voy á traer sombra y frescura.

Desapareció en el bosquecillo y trajo en breve unas ramas que dispuso de modo que diesen sombra á las flores.

Después tomó una regadera y corrió hacia un pequeño estanque abierto en medio del césped, y en cuyo derredor colgaban las ramas de unos cuantos sauces.

La superficie del agua estaba tersa y serena á su llegada; pero apenas se reflejó en ella su imagen, comenzaron á pulular seres vivos en aquel cristal trasparente. Centenares de pececillos de todos colores, encarnados, blancos y negros nadaban hacia ella con la cabeza fuera del agua y la boca abierta como si quisieran hablarla.

La joven asida con una mano al tronco del sauce que se hallaba mas cerca, se esforzaba graciosamente sobre el agua y trataba de llenar la regadera sin tocar á los pececillos.

— Vamos, vamos, dejadme en paz, decia apartándolos con precaucion; no tengo tiempo para jugar... luego os traeré vuestra comida.

Pero los peces se amontonaban en torno de la regadera hasta que la sacó del estanque, y aun después que la joven hubo desaparecido, continuaron amontonándose muy conmovidos cerca de la orilla.

La joven ha regado sus flores, y la regadera se ha deslizado lentamente de su mano. Con la cabeza inclinada dirige sus pasos hacia la solitaria habitación, vuelve con la misma lentitud, arroja unas migas de pan blanco á los pececillos, y entregada á sus pensamientos comienza á recorrer distraída los senderos del jardín.

Por fin llega á un sitio donde un fresno gigantesco extendía sobre el camino como un vasto quitasol por medio de sus ramas que caían hasta el suelo. Bajo esta fresca sombra había una mesa y dos sillas; un libro, un tintero y un bordado manifestaban que la joven había estado allí no hacia mucho rato.

Al entrar ahora en aquel cenador tomó sucesivamente el libro y el bordado, los dejó caer con indiferencia, y en breve sucumbiendo á los pensamientos que la abastían, recostó su hermosa cabeza sobre su brazo como una persona que desea descansar.

Durante algunos instantes sus bellos ojos estuvieron vagamente fijados en el espacio; por intervalos una suave sonrisa asomaba á su boca, y sus labios se agitaban como si hubiese estado hablando con un amigo. A veces sus párpados cansados se cerraban para abrirse de nuevo, hasta que al fin un profundo sueño pareció apoderarse de la joven.

¿Dormía efectivamente? ¡Ay! al menos su alma era feliz, pues la suave sonrisa no desaparecía de su semblante. Habíase dicho que sus sueños tomaban cuerpo delante de ella, inundando su corazón de goces indecibles.

Hacia tiempo ya que estaba sumergida en este olvido completo de la vida real, cuando resonó á la puerta el ruido de un carruaje; sin embargo, la joven no se despertó.

La desvencijada carretela que ya conocen nuestros lectores acababa de detenerse cerca de la cuadra de la granja.

El labrador y su mujer corrieron á saludar á su amo, y ayudaron á desenganchar el caballo.

En tanto que desempeñaban esta tarea, el señor de Vlierbecke se apeó y les dirigió algunas palabras benévolas, pero con una voz tan triste, que entrambos le miraron atónitos.

A decir verdad, su plácida serenidad no le abandonaba nunca; pero en este instante su fisonomía denotaba un abatimiento extraordinario. Parecía estar rendido de cansancio, y su mirada tan llena de vida por lo común se mostraba apagada y lánguida.

El caballo estaba en la cuadra ya; el mozo que se había quitado la librea, sacó del carruaje varios cestos y paquetes que puso sobre la mesa de la granja. En esto el señor de Vlierbecke se acercó al labrador.

— Juan, le dijo, os necesito, pues mañana viene gente al Grinselhof. Comen aquí M. Denecker y su sobrino.

El labrador, en el colmo del asombro, miraba á su amo con la boca abierta; no podía creer lo que estaba oyendo.

Al cabo de un instante preguntó:

— ¿Es por ventura el señor rico que todos los domingos en la misa mayor se sienta á vuestro lado?

— El mismo.

— ¡Oh! Son personas riquísimas. Han comprado todos los bienes del contorno de Echelpoel; lo menos tienen diez caballos en la cuadra de su palacio; su carruaje es todo plata.

— Lo sé, y por eso quiero recibirlos dignamente. Preparaos con vuestra mujer para mañana temprano. ¿No es verdad que nos ayudareis un poco?

— Sí por cierto; celebraremos mucho poder hacer algo para serviros...

— Gracias por vuestra buena voluntad, y hasta mañana pues.

El señor de Vlierbecke entró en la granja, dió al mozo algunas órdenes relativas á los objetos que había sacado del carruaje, y luego por el bosquecillo se encaminó hacia el Grinselhof.

Así que se halló solo, su fisonomía tomó una expresión mas serena; una sonrisa se dibujó en sus labios, en tanto que dirigía su mirada en su derredor como si hubiese buscado á alguien en la soledad de su jardín.

A la vuelta de un sendero vino á descubrir de repente á su hija dormida, y como fascinado por el cuadro hechicero que á sus ojos se presentaba, se detuvo á contemplarla.

¡Cuán bella estaba aquella criatura en su reposo!

Los rayos del sol en el ocaso la inundaban de ardientes reflejos, y tenían con su matiz de color de rosa todos los objetos que la rodeaban. Los abundantes rizos de su cabellera caían sobre sus mejillas en desorden.

La joven continuaba soñando: una sonrisa de felicidad animaba su semblante; sus labios conmovidos murmuraban palabras ininteligibles, como si su alma hubiese querido expresar los sentimientos que en ella rebotaban.

El señor de Vlierbecke contuvo su aliento, y sobrecogido de una emoción profunda alzó los ojos al cielo y dijo con una voz baja y temblorosa:

— ¡Dios mio! ¡cuántas gracias te doy por su felicidad; que mi martirio se prolongue en la tierra, con tal de que dispenses tu protección á mi hija y se realice su sueño!

Y después de dirigir esta corta y ardiente súplica, se dejó caer en la segunda silla, puso con precaucion el brazo sobre la mesa, apoyó su cabeza en él y permaneció inmóvil admirando á su hija. Esta contemplacion

debía ser para él una fuente de goces inefables, que gracias á una fuerza mágica le habían hecho olvidar un instante todos sus dolores.

De súbito la frente de la niña se cubrió con un vivo encarnado, y sus labios articularon mas distintamente. El padre la espiaba con una penetrante atención, y aun cuando ella no había hablado, comprendió una de aquellas palabras que iban á perderse en los aires con su aliento.

Conmovido con una alegría mas profunda aun, murmuró para sí:

— ¡Gustavo! ¡Está soñando con Gustavo!... Su corazón se halla de acuerdo con mis deseos. ¡Dios nos ayude!... Sí, sí, hija mia, abre tu alma á las dulces emociones de la esperanza... Sueña, sueña... ¿Quién sabe? Pero no; guardémosnos de emponzoñar esta hora feliz con la fría imagen de la realidad... ¡Duerme, duerme! Deja saborear á tu alma los celestes hechizos del amor que se despierta.

El señor de Vlierbecke permaneció en contemplacion algunos instantes mas, y luego se levantó, se puso detrás de su hija y la dió un beso en la frente.

Medio dormida aun, abrió lentamente los ojos; pero apenas hubo reconocido al que la despertaba, se arrojó en sus brazos y le hizo mil caricias y mil preguntas.

— Sin duda alguna, Leonor, la dijo su padre, es inútil que hoy te pregunte qué cosas buenas has descubierto en el *Lucifer* de Vondel; pero creo te habrá faltado tiempo para comenzar la comparacion de esta obra maestra de nuestra lengua materna con el *Paraiso perdido* de Milton.

— ¡Ah! padre mio, balbuceó Leonor, me encuentro efectivamente dominada por las mas singulares disposiciones. No sé lo que tengo; pero ni siquiera puedo leer con atención.

— Vamos, Leonor, no te pongas triste, hija mia: te voy á dar una noticia muy importante... ¿No sabes porque he salido hoy? Pues ha sido porque mañana tenemos convidados.

La joven profundamente sorprendida miró á su padre, quien continuó diciendo:

— Viene M. Denecker, el rico comerciante que se sienta á mi lado en la iglesia y que habita el palacio de Echelpoel.

— ¡Oh! sí, le conozco, padre mio; me saluda siempre muy afable, y nunca deja de darme la mano para apearme del coche cuando llegamos á la iglesia. Pero...

— Tus ojos me preguntan si vendrá solo... No, Leonor, otra persona le acompañará.

— ¡Gustavo! exclamó involuntariamente la joven con un tono de alegre sorpresa y sonrojándose.

— El mismo, respondió el señor de Vlierbecke; no tiembles por eso, Leonor, y no te asustes si tu alma ignorante todavía se abre á un nuevo sentimiento. Entre nosotros no puede haber secreto alguno que mi amor no penetre.

Los ojos de Leonor interrogaron á los ojos del padre como pidiendo á su benévola mirada la explicacion de un enigma. De repente, como si una luz repentina hubiese brillado en su interior, se arrojó al cuello del señor de Vlierbecke, ocultó su rostro en su seno y murmuró penetrada de gratitud:

— ¡Padre mio, querido padre mio, vuestra bondad no tiene límites!

El noble se prestó algunos instantes á las caricias de su hija; pero poco á poco sus facciones se oscurecieron, una lágrima brilló en sus ojos, y dijo con un acento doloroso:

— Leonor, suceda lo que quiera en nuestra vida, tú querrás siempre mucho á tu padre, ¿no es verdad?

— ¡Oh! siempre, siempre, respondió la joven.

— Leonor, hija mia, tu dulce cariño es lo único que me da fuerza en la vida; no arrebatas nunca á mi alma su único consuelo...

El tono triste de su voz conmovió de tal modo á la joven, que le tomó entrambas manos sin pronunciar una palabra, y con la frente en el seno de su padre se puso á llorar silenciosamente.

Así permanecieron largo tiempo inmóviles, dominados por una emoción que no era ni triste ni alegre, pero que parecía impregnada de estos dos sentimientos opuestos.

La expresión del rostro del padre fué la primera que cambió; su fisonomía tomó un aspecto severo, meneó la cabeza con aire de duda, y pareció como reconvenirse á sí mismo.

En efecto, las singulares palabras que habían hecho derramar lágrimas á su hija, habían surgido de su alma con la idea de que otra persona debía compartir con él el cariño de Leonor separándola de su lado quizá para siempre.

Se hallaba dispuesto á todo sacrificio, con tal de que este sacrificio contribuyera á la felicidad de su hija, y no obstante, la idea de la separacion había desgarrado sus entrañas.

Pero ahora protesta contra su egoismo; ahuyenta de su mente los sentimientos tristes, levanta á su hija, y prodigándola sus caricias la dice:

— Vamos, Leonor, recobra tu alegría. Es bueno que nuestra alma pueda desahogarse de tiempo en tiempo cuando el exceso del sentimiento la sofoca. Pero entremos en casa: tengo que hablarte aun para que recibamos como es debido á nuestros convidados.

La joven obedece silenciosamente y sigue á su padre á paso lento, en tanto que sus hermosos ojos dejan escapar todavía algunas lágrimas.

Algunas horas mas tarde el señor de Vlierbecke estaba sentado en la sala principal del Grinselhof cerca de

una pequeña lámpara y apoyado de codos en la mesa. La habitación alumbrada en un solo punto, en tanto que los rincones se hallaban envueltos en una vaga oscuridad, tenía un aspecto muy sombrío. La llama trémula de la lámpara hacia ondear sus reflejos en largos rastros sobre las paredes dibujando mil formas fantásticas, mientras los viejos retratos que adornaban la sala parecían fijar en la mesa con obstinación sus inmóviles ojos.

En medio de esta oscuridad y este silencio se destacaba únicamente la grave fisonomía del noble, quien con la mirada perdida en las tenebrosas profundidades de la noche, parecía prestar el oído con mucha atención.

Por fin dejó su asiento, y de puntillas se fué al otro extremo de la sala, donde se detuvo á escuchar á una puerta.

— ¡Está durmiendo! se dijo en voz baja.

Y alzando los ojos al cielo añadió con un suspiro:

— ¡Que Dios proteja su sueño!

Se volvió á la mesa, tomó la lámpara y abrió un armario muy grande metido en la pared. Apoyado sobre una rodilla sacó del cajón inferior algunas servilletas y un mantel, y desplegándolos con cierta inquietud se puso á examinar si no tendrían alguna mancha; una sonrisa de contento manifestó que estaba satisfecho del resultado del exámen.

Se levantó con un cestillo en la mano y se acercó á la mesa, de cuyo cajón sacó un pedazo de tela de lana y unos polvos blancos con los cuales se puso á sacar lustre á los cuchillos y los tenedores que contenía el cestillo. Lo mismo hizo con los saleros y otros menudos utensilios de mesa, la mayor parte de ellos de plata, y cuyos adornos cincelados acusaban cierta opulencia.

Mientras se entregaba á esta ocupación su alma vagaba en los recuerdos; la inmovilidad de sus facciones, la fijeza de sus ojos cuya mirada incierta parecía perderse en las tinieblas, atestiguaban suficientemente que estaba embebido en sus pensamientos. De cuando en cuando sus labios pronunciaban algunas palabras y asomaban lágrimas á sus ojos, lágrimas de ventura quizá, pues una suave sonrisa se pintaba en su semblante.

— ¡Pobre hermano! exclamó al fin exhalando un suspiro; un solo hombre sabe lo que he hecho por tí, y ese hombre te acusa de ingratitude y de mala fe. Y tú andas errante por las heladas soledades de América enfermo y solo; recorres por un miserable salario los desiertos donde ninguna mirada humana se fija en tí durante meses enteros. Hijo de noble raza como yo, te has hecho esclavo de los ingleses, y para ellos recoges esas pieles que hacen el orgullo de los ricos. ¡Oh! cruel es el martirio que sufro por tí, pero Dios sabe que el cariño que te profeso ha permanecido intacto. ¡Quiera el cielo, oh hermano mío, que tu alma sienta en el aislamiento en que padeces, esa aspiración de mi alma, y que encuentres en ella un alivio en medio de tu miseria!

El noble al cabo de un instante pasado en esta dolorosa meditación, volvió en sí y continuó con afán su trabajo. Colocó los objetos de plata en hilera sobre la mesa y dijo reflexionando:

— Seis tenedores, ocho cucharas, y seremos cuatro en la mesa. Será preciso tener cuidado, pues si no echarían de ver que falta alguna cosa... pero todo se arreglará; daré á la labradora instrucciones precisas... y ella no es tonta...

Al pronunciar estas últimas palabras volvió á encerrarlo todo en el armario, y despues tomando la lámpara dejó la sala andando con precaución para no ser oído, y bajó por una escalera de piedra á un vasto salón abovedado, en donde abrió una puertecilla que cerraba una cavidad llena de botellas. A la claridad de la lámpara fué examinando las botellas, que excepto tres, se hallaban todas vacías.

— ¡Dios mío! ¡tres botellas no mas!... ¡Y dicen que M. Denecker tiene orgullo en la bebida!... ¡Qué haré si concluidas estas pide mas vino? Yo no bebo y Leonor muy poco; dos botellas para él y una para su sobrino... ¿será bastante?... En fin, los lamentos serian inútiles, pronúnciese el destino.

Sin hablar mas se puso á registrar la cueva, tomó algunas telarañas, las aplicó con arte á las botellas, y luego las roció con polvo y arenilla.

Hecha esta operación volvió á la sala, y se puso á pegar con almidón un pedazo de papel pintado en un sitio donde la tapicería estaba rota. Finalmente, despues de haber pasado media hora en limpiar sus vestidos y en tratar de cubrir con agua y tinta las señales blanquecinas que el tiempo había estampado en el paño en los colos y en las rodillas, volvió á la mesa, y se dispuso á emprender una tarea extraña.

Sacó del cajoncillo una hebra de seda, una lezna y un pedazo de cera amarilla, colocó sobre sus rodillas una hota, y comenzó á coser la abertura que tenía con la habilidad de un zapatero.

Seguramente este trabajo vil despertaba en él ideas de desesperación, pues una sonrisa de desprecio plegaba sus labios como si se hubiera complacido en burlarse de sí mismo.

(Se continuará.)

## El Museo del Cairo.

Sane 21 de marzo de 1861.

Escribo bajo la tienda acampado hace dos horas cerca de la antigua embocadura tánica del Nilo entre dos cer-

ros, El-Guslay (ruinas de ciudad sin nombre conocido) y Sane, la antigua Tanis. La fecha de mi carta debe excitar alguna curiosidad, así como los pormenores que contiene.

Acabo pues de hacer una nueva excursión en Egipto, y esta vez, lo mismo que las otras, la ciencia no me deberá ninguna gratitud por lo que yo haya podido descubrir; la ciencia no es lo que mas me llama la atención, y sin embargo, creo haber recogido apuntes que serán leídos con algun interés.

He recorrido detenidamente todas las obras del canal de Suez, hermosas y grandes obras en verdad, que un día excitarán la admiración del mundo. Por ahora lo que puedo decir es que, gracias á una organización vigorosa y atrevida, las comunicaciones en el desierto entre los puntos donde se hallan establecidos los trabajos, son mas fáciles y mejores que lo eran hace medio siglo entre muchas poblaciones importantes de Francia. Por mi parte puedo decir que he llegado aquí de Kantara, habiendo recorrido esta mañana 50 kilómetros en tilbury y por medio de este desierto tan temido. Sí, en un tilbury con dos ruedas y un tiro de mulas, mientras otro carruaje de cuatro ruedas y un tiro de tres dromedarios partía del mismo punto que yo para la Palestina, llevándose á M. de Lesseps que quería probar esta nueva via de comunicación entre el centro de sus obras y los Santos Lugares, que se encuentran á cuatro jornadas de marcha.

Pero volvamos á Sane. La luna esparce esta noche una brillante claridad. Es la luna de José. ¿Porqué la de José? me preguntará el lector. Es que me hallo aquí á la falda de Sane, y Sane, segun lo demuestran el obeliseo, las esfinges y las inscripciones últimamente halladas y descifradas por M. Mariette, es una de aquellas antiguas ciudades de los reyes pastores, de los cuales un Faraon, soberano de Putiphar, tuvo á José por primer ministro. ¿Cómo no he de acordarme de José esta noche en Sane, mirando la luna, despues de haber recorrido durante el día este antiguo pais, y cuando me hallo acampado no lejos quizá del pozo donde sus hermanos habían querido enterrar vivo al futuro salvador del Egipto con la gloria de su familia?

Sin embargo, preciso será que ordene un poco lo que escribo, y ya que he mencionado las esfinges de Sane y los nuevos descubrimientos de M. Mariette, voy á tratar esta cuestión artística y científica al mismo tiempo.

Las cuatro esfinges de José á que me refiero, adornarán dentro de poco los salones del museo del Cairo, pues es de advertir que al cabo se ha formado un museo egipcio en Egipto, y por nuevo que sea el museo de Boulak es interesante. No hablaré de la disposición de las salas actuales, cobertizos provisionales donde se hallan ya acumuladas tantas riquezas. Mohammed-Said ha comprendido que necesitaban otro albergue, y ha decretado la construcción de un verdadero museo, donde se podrán estudiar los monumentos egipcios antiguos.

De todos modos, el museo de Boulak, tal cual existe, merece ser visitado, y es ya actualmente un objeto de paseo para los extranjeros de todos los paises que se ven reducidos á recorrer el Esbekieh, así como es al mismo tiempo un lugar de serios estudios para los amantes del arte egipcio, para los sabios hambrientos de ciencia que quieren tocar con el dedo el misterioso pasado de este pais, cuya historia se encuentra allí grabada en geroglíficos, en estatuas, en muebles, en utensilios de toda clase, y hasta en joyas donde los artistas modernos hallarán mas de un modelo digno ciertamente de ser imitado.

No hace tres años que la idea de conservar al Egipto el depósito de los monumentos de la ciencia y el arte antigua, mientras se formaban con ellos colecciones en París, en Londres y en Turin, fué acogida por el virey, y ya gracias al incansable ardor de M. Mariette, encargado de la dirección de las excavaciones, mas de quinientos mil objetos encontrados en los templos, en las ruinas de las ciudades, al pié de las pirámides y en los necrópolis del Egipto componen esa colección destinada á ser la mas completa y curiosa de todas las que existen. Una idea me ha ocurrido mas de una vez recorriendo el Egipto.

En el mismo pais donde, segun dicen, el feroz Omar ordenó la destrucción de la biblioteca de Alejandria, y donde continuando la obra de devastación de las hordas victoriosas que le habían precedido, parecía haber vuelto á implantar la barbarie, otro soberano, hijo del Islam tambien, se aplica á establecer el dominio de la civilización por medio de la agricultura, el comercio y la ciencia, y ha conseguido hacer del árabe, iconoclasta por naturaleza y por religion, un buen auxiliar para las investigaciones de un sabio europeo, cuyo nombre se ha hecho popular por do quiera hay una ruina que explorar, por do quiera el último beduino del desierto sabe que Mariette puede llegar á buscar anticvas.

De este modo pues, la idea del museo, de la colección, de la conservación de las antigüedades está aceptada por todos en Egipto, mientras las favorecen los mas instruidos. No puede negarse que es un progreso.

Hace algunos días examinaba yo detenidamente el museo de Boulak. Uno de los conservadores adjuntos, M. Gabet, tenía la complacencia de repetirme las explicaciones que me había dado ya M. Mariette sobre algunos monumentos cuyas fotografías, que me dieron permiso para sacar, acompañan á este artículo. Mi sorpresa fué excesiva cuando mi amable cicerone debió dejarme para hacer los honores del museo nada menos que al

gran sheriff de la Meca, huésped del virey desde su regreso de Medina, y que había venido á visitar el museo inaugurado algunas semanas antes por el príncipe que le recibía en el Cairo, inauguración á la cual el soberano mahometano había querido que le acompañaran los príncipes, parientes suyos, y los principales personajes del Estado, cuando M. Mariette y M. de Lesseps le hicieron por primera vez los honores.

No se vaya á creer que la visita del sheriff de la Meca fué un nuevo pasatiempo, pues he sabido que las preguntas que hizo este personaje, uno de los jefes de la religion mahometana, fueron todas de un hombre inteligente.

Mas de una vez, durante su conversacion con su ilustre visitante, nuestro conservador debió sorprenderse de las observaciones hechas á propósito de la duración de las dinastías, y por consiguiente á propósito de la edad del mundo, resultante de las fechas incontestables á las cuales se refieren monumentos que parecen establecer, á sus ojos tambien, unas diferencias tan notables entre la historia escrita, que conoce muy bien, y la historia monumental del Egipto que tenía á la vista. Tomando en cuenta estas observaciones de un oriental versado en el conocimiento de las escrituras, creo que sería el caso de rehacer en Europa una historia de Egipto distinta de la que se enseña en los colegios. Así se podría llegar sin duda á establecer una concordancia satisfactoria entre lo que cuentan los libros sagrados y lo que atestiguan las piedras; y se impediría que llegara y se esparciera la duda y mas tarde la negación sobre los unos, por causa de la difusión de la certeza histórica y material de los otros.

Pero tratemos ya del museo adonde nos ha traído la luna de José hace un instante.

Este museo se compone de cuatro salas, con un patio casi cuadrado á la orilla del Nilo. De este modo los monumentos bajan el rio, y pueden establecerse con mas facilidad en los puntos donde deben ser conservados. Al pronto los monumentos parecen estar clasificados mas bien en razon de su masa que de sus épocas ó de su valor artístico ó histórico.

En la primera sala están depositadas las masas mayores de calcáreo, de granito ó de pórfido. Se ven allí las esfinges procedentes del Serapeum, y pronto se verán las de Sane. Tres estatuas pintadas con los tonos mas vivos llaman particularmente la atención por el modelado de las figuras y por el estudio matemático de los músculos del cuerpo. Tienen esa postura tan conocida del arte egipcio, los brazos pegados al cuerpo y la pierna izquierda adelantada, posición que imponía la religion para presentarse en los templos; pero considerándolas con atención, se comprende que si el artista las ha esculpido en virtud de esa regla invariable, habría podido hacer otra cosa, tanto había progresado el arte bajo la cuarta ó quinta dinastía, época á que pertenecen esas estatuas.

Al otro extremo de la sala en medio de monolitos, sarcófagos y estatuas diversas se encuentra sobre un zócalo sencillo y sin ornato la estatua en diorita (mármol verde con vetas amarillas) de Chephren, el fundador de una de las pirámides de Giseh. Precioso hallazgo debido á M. Mariette, monumento incomparable del arte de aquella época.

El rey está sentado sobre su trono en la actitud consagrada; su postura es algo forzada, pero al instante se observa la serena majestad del rostro de esa obra, mas grande que el natural. Hace mas de cinco mil años que el escultor concluyó esa composición verdaderamente régia; ¿habría hecho despues nada mejor el arte griego?

Aquí tambien se me permitirá una digresión de ignorante, pero de observador concienzudo, á propósito de esa postura invariable de la estatuaria egipcia, que ha podido hacer creer que los artistas de esas épocas remotas no trabajaban mejor porque no sabian, y que el arte plástica les era totalmente desconocida. Quiero apoyar con pruebas mi opinion, y para eso servirán mis fotografías.

Véase esa estatuilla de piedra de pié y medio de altura; representa un hombre sentado sobre sus talones, con las manos cruzadas y en la actitud de la oración. ¿Qué os parece?

Y esas dos mujeres acurrucadas y ocupadas en amasar pan ¿no tienen vida y movimiento?

¿Y ese sacerdote egipcio en su ropaje? ¿no se halla fuera todo esto de la escultura egipcia como la comprendemos invariablemente, no se está viendo ahí la plástica, y no es creible que los artistas que mas de dos mil años antes del siglo de Pericles sacaban de la madera, del bronce, del mármol ó del granito esas obras que son ya tan notables, habrían podido hacer el Apolo del Belvedere y la Venus de Médicis, si les hubiese estado permitido? Había pues reglas y leyes políticas ó religiosas que comprimian el vuelo del arte, y que para impedir los arrebatos demasiado apasionados de esas poblaciones hacia la belleza material, impedían su reproducción por medio de las artes en todo lo que debía presentarse en espectáculo á los ojos del pueblo.

¿Y cómo dudar de la perfección posible del arte realista ó plástica á que habrían llegado, como supongo yo, los artistas egipcios si los hubiesen dejado libres, cuando uno se pone á examinar en detalle, por ejemplo, esa estatuilla de madera que os presento y que remonta á la cuarta dinastía, es decir, á la época de la fundación de las Pirámides hace unos 5,500 años? Es un personaje de aquel tiempo; el cangiar que tiene al lado prueba que tenía derecho de llevar armas; su postura es sencilla y natural; su cabeza

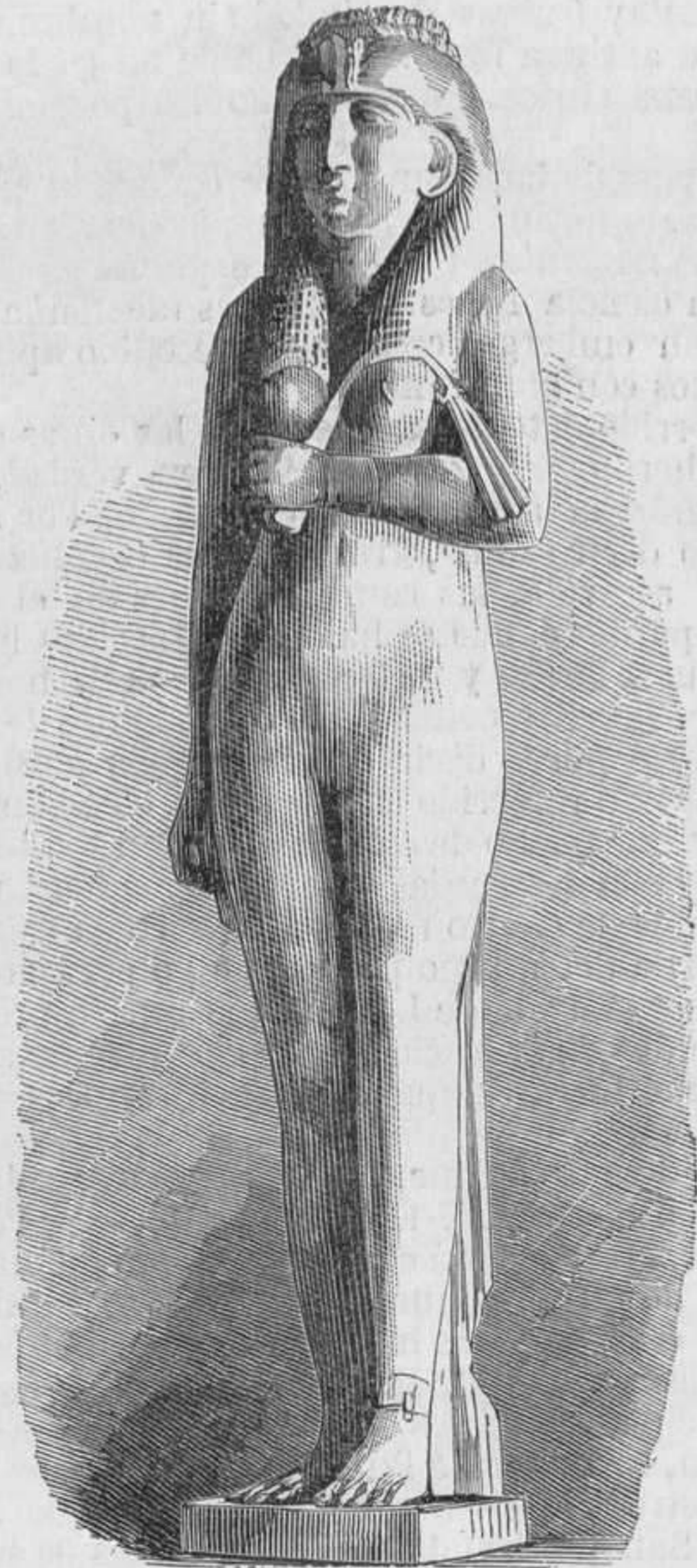
está estudiada con una maestría completa. Cuanto mas uno la mira mas descubre esa expresion á la vez irónica y serena que nos representan tan bien las cabezas de la escuela flamenca. Para aumentar la ilusion, por un procedimiento ingenioso, el artista ha dado mas particularmente la vida al ojo, cuya mirada parece seguir al espectador en todos los puntos donde se coloca para admirar la obra. Este procedimiento es la introduccion en la cavidad del ojo, cuyo blanco le forma un pedazo de marfil con círculo de bronce, una pupila de cristal de roca aplicada sobre un fondo coloreado y guarnecido en el centro con una cabe-

becita de clavo de plata. Esta ingeniosa combinacion que indica grandes conocimientos ópticos y quirúrgicos, produce un efecto de una realidad extraordinaria.

Si no se admite que en el antiguo Egipto, pais gerár-gico por excelencia y reglamentado en todas las cosas, los sacerdotes que todo lo presidian, han impedido el desarrollo del arte sensual, seria imposible explicar cómo despues de haber hecho tanto en la via de la realidad bajo las primeras dinastías, el arte egipcio parece quedarse despues nuevamente estancado,



ESTATUA DE MADERA (IV dinastía).



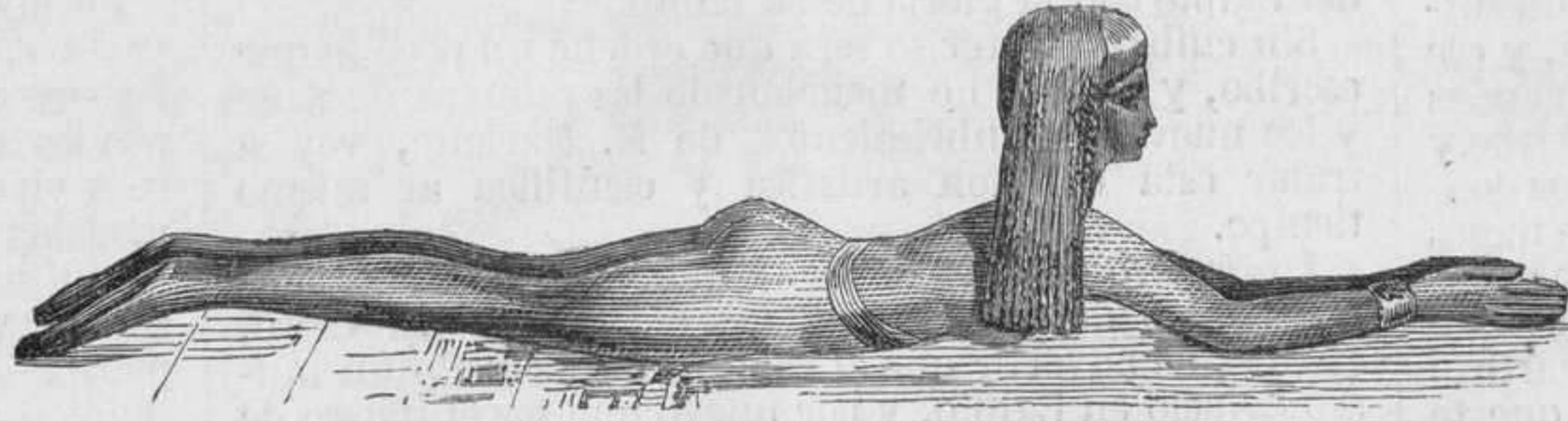
LA REINA AMNESITIS (XXV dinastía).

y habria que creer en la decadencia, si aun en las actitudes convencionales de las obras posteriores no se encontrase, á pesar de la rigidez de esas posturas la misma delicadeza de cincel, el mismo sentimiento de la naturaleza y de la vida.

¿Hay nada mas bello efectivamente en el género gerático propiamente dicho, que la estatua de alabastro que representa á la reina Amnesitis y se halla colocada en el fondo de una salita pintada como para recibir los homenajes de sus admiradores? Tanto por la belleza de la materia como por la importancia de la ejecucion y su perfecto estado de conservacion, esa estatua es el objeto mas precioso que hasta el dia se conoce. Es de alabastro oriental. Las inscripciones del pedestal de basalto nos dicen su nombre y su historia; y los cartuchos borrados en las inscripciones nos indican que habia hecho un casamiento desigual. Representa, como he dicho, á la reina Amnesitis de la 25ª dinastía. La encontraron oculta en la arena delante de una de las puertas de su palacio en Karnac, y el que la considera y estudia en detalle no puede comprender cómo en medio de tantas ruinas acumuladas en su der-



SACERDOTE DE LA IV DINASTIA (estatua de madera)



CUCHARA DE MADERA.



ESTATUILLAS DE PIEDRA CALCAREA, DE LAS PRIMERAS DINASTIAS.

redor ha podido conservarse intacta. Colocada en un zócalo movedido en el futuro museo, alumbrada diferentemente segun abran las cortinas de colores de las ventanas de su santuario, y presentándose por todos lados á la admiracion de los visitantes, la reina Amnesitis será á mi juicio la divinidad del museo.

Pero hé aquí que se hace tarde y veo que no podria prolongar esta conversacion artistica sobre el museo del Cairo, sin parecerme un poco á un redactor de catálogos. Dejo pues á un lado las colecciones de monolitos, de bronce, de sarcófagos, de medallas y de utensilios de toda especie encerrados en los escaparates. No obstante, mucho tendria que decir sobre las joyas, y sobre todo lo que yo llamaria la parte ornamental del arte egipcio en lo que se hallaba destinado á los usos interiores ó á satisfacer los gustos de las mujeres. En estos detalles íntimos se dejaba amplia libertad á los artistas; así es que trabajaron portentosamente, y estoy seguro de que Nápoles no tiene en su museo de las joyas, y ni aun en su museo secreto, una coleccion mas curiosa que la que forman los objetos egipcios que está ordenando M. Mariette en sus ratos de ocio.

Pero dejemos las joyas, y á título de contrastes y como asunto de reflexiones filosóficas, hablaré del modelo de cuchara que he visto en los escaparates de la sala



ESTATUILLA DE PIEDRA CALCAREA.

número 3; es una mujer tendida como en la actitud de estar nadando. Nada mas gracioso que su lindo semblante, nada mas voluptuoso que su cuerpo á la vez voluptuoso y casto. ¡Cuánta gracia y cuánta finura de ejecucion en su cabeza y en su tocado de trenzas adornadas de flores de loto! Sus manos tenian la cuchara, y sus delicados piés forman la extremidad del mango. ¡Y decir que en ese pais donde hace miles de años se hacian tan lindos modelos de cubiertos para las mesas de sus habitantes se come hoy con los dedos, aun en la corte, no solo la ensalada, sino las natillas! Grandeza y decadencia; pero en breve tendremos renacimiento y progreso; esto es lo mas útil de la cosa.

La construccion del museo del Cairo no será perjudicial á este movimiento favorable, y la apertura del istmo de Suez contribuirá sobremanera á darle impulse. ¡Honor pues al sucesor de Mehemet-Alí que así ha sabido comprender el porvenir conservando los preciosos restos del pasado!

-Pero se hace tarde; la luna va á desaparecer detrás del cerro de El-Guslay; los pájaros nocturnos cesan sus cantos y mi lámpara se apaga. Mañana debemos partir para el istmo, y este viaje será un poco mas largo que mi visita á Boulak.

VIATOR.